

# Ideas literarias del Padre Feijóo

Discurso de recepción  
do ilustrísimo señor don

**Samuel Eiján Lorenzo**



REAL ACADEMIA GALEGA







# **Ideas literarias del Padre Feijóo**

O 27 de xullo de 1941 tivo lugar no Paraninfo da Universidade de Santiago a cerimonia de ingreso de dezanove académicos de número. No acto só se deu lectura ao discurso *La mitología del agua en noroeste hispánico*, que pronunciou Fermín Bouza-Brey en nome de todos os recipiendarios e a quen contestou en nome da Institución o presidente, Manuel Casás. Samuel Eiján formaba parte deste grupo de académicos.

Con posterioridade, o discurso que agora presentamos, o mesmo que Samuel Eiján preparou para o seu ingreso na Real Academia Galega, apareceu publicado de forma parcial no *Boletín da Real Academia Galega*. O fragmento inédito recuperouse do mecanoscrito orixinal, custodiado no arquivo da Real Academia Galega.

Edita

Real Academia Galega

© Real Academia Galega, 2016

Deseño da colección

Grupo Revisión Deseño



# Ideas literarias del Padre Feijóo



REAL ACADEMIA GALEGA

A Coruña 2016



Discurso do ilustrísimo señor don  
**Samuel Eiján Lorenzo**







## Señores académicos<sup>1</sup>:

Mis primeras palabras, al ocupar en el seno de esta Real Academia Gallega el puesto honroso con que acabáis de exaltar mi insignificancia, quiero sean, a la par que de gratitud hacia vosotros por distinción tan honrosa, de evocación y de elogio hacia el varón ilustre, gloria de la ciudad de la Oliva, a quien vengo a sustituir a vuestro lado, D. Jaime Solá y Mestre.

Tratárase no más de un escritor de renombre, atildado y castizo y en la forma, espejo y gala de la literatura patria, y motivo de sobra tendría ya esta Real Academia para vestir de luto por su pérdida, al verse ayuna ahora del concurso e iniciativas de tan preclaro ingenio. Pero es que Jaime Solá –digámoslo bien alto– tiene, además, para nosotros una mayor representación, pues activísimo de suyo y con espíritu irrefrenable de propaganda en el desenvolvimiento de su actuación, puso constantemente ambas modalidades del espíritu a servicio y para honor de nuestra patria chica, cifrando su orgullo en ser como portavoz en la Prensa y alentador de nuestra cultura regional, sin por eso prescindir de la de la nación, a la cual consideró siempre ligada la nuestra con trabazón indisoluble de unidad, de florecimiento y de destino.

No es otra, en efecto, su misión literaria, ya le consideremos como redactor de *El Globo*, de Madrid, cuando sus primeros tiempos de vida activa, ya como corresponsal después de gran número de periódicos de la capital y del territorio, ya, en fin, como fundador y director del diario *El Noticiero de Vigo* y de las revistas *Poquita Cosa* y sobre todo, *Vida Gallega*, a la que ninguna otra superó nunca en difundir por España y América española en artículos, poesías y gráficos, nuestras glorias, nuestra industria y nuestras artes. Si, fuera de Galicia, son conocidos sus paisajes, sus poblaciones, sus costumbres y sus hombres beneméritos, a la labor tenaz, constante y bien organizada de Jaime Solá se debe, en gran parte, no menos desde las páginas de *Vida Gallega*, que por medio de conferencias ilustradas, a través de casi toda Suramérica, durante

---

1 [Nota á edición]: *Boletín de la Real Academia Gallega* 271-272, 269-277.

un triunfal recorrido transoceánico de propaganda verificado en 1911 y 1912. Y por si todo lo dicho no bastara para mostrarnos de lleno cuán hondamente nuestro llorado Académico sentía y divulgaba por doquiera lo referente a Galicia, ahí está pregonándolo su comedia *El Diputado* y ahí sus novelas *Mala Sombra*, *Anduriña*, *El Alma de la aldea*, etc., en cuyas descripciones se reproducen, palpitantes de sano realismo, otras tantas facetas diversas de las costumbres y maneras de ser del *terruño*. Puede, en fin, asegurarse sin hipérbole que en este punto nadie superó a Jaime Solá, y que tarde o nunca descubriremos, entre nuestros literatos propagandistas y divulgadores, alguno capaz de igualarlo, ya que no de superarlo, en tan meritoria empresa.

De propósito he dejado para lo último, en esta brillantísima hoja de servicios, mencionar la novela *El Ramo Cativo*, de la que me ocupé ya en *Historia de Ribadavia y sus alrededores*, por reflejarse en la misma las escenas tradicionales de mi tierra. Solá, agradecido, sin duda, al beneficio de la salud recobrada en las márgenes del Avia, en ocasión en que los médicos desconfiaban volviere a disfrutarla plenamente, tuvo a gala y puso empeño, no sólo en convertir *Vida Gallega* en muestrario cumplido de las bellezas de la zona del Ribero con lujo de copiosos gráficos y con recursos literarios muy subidos en loa del carácter de sus moradores y de lo rancio de sus costumbres tradicionales, sino que, luego, concluyó por condensar toda esta labor preciosa, como refrendo literario de gusto más depurado, en el texto de *El Ramo Cativo*. Y es precisamente por eso, por lo que yo, hijo amante del Ribero, siento ahora doble satisfacción en evocar conmovido la memoria del varón ilustre que fué, por añadidura, amigo mío entrañable y aun –puedo decir– excelente católico, tan delicado de conciencia en su misión de escritor público, que se abatió más de una vez a remitirme, en consulta, sus cuartillas, temeroso se le deslizase involuntariamente en ellas algo poco conforme con nuestras cristianas creencias.

Cumplido, en tal forma, mi deber de admiración y afecto hacia el ilustre publicista, y ya en plan de buscar asunto apropiado a lo usual en recepciones de esta índole, ¡qué satisfacción la mía, señores, si lo descubriera a gusto vuestro, dentro del marco de mi territorio natal, tan encomiado por Jaime Solá! Fuéralo, sin duda, poder resucitar ante vuestra memoria algo así como la personalidad científica de Fr. Tomás de Lemos, que culminó ante la propia Roma como maestro insuperable en la dogmática y apologética católicas; pero para ello necesitara mi ingenio alas recias con que remontarme y dominar tales alturas. Otro genio que, sino directamente del territorio ribadaviense, tuvo allí

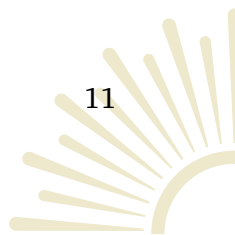
por predecesores suyos a los antiguos poderosos dueños del castillo de Sande<sup>2</sup>, reclama, en cambio, mi atención: el gran benedictino Fr. Benito Jerónimo Feijóo, y a éste me propongo estudiar, no precisamente en orden a alguno de esos tesoros múltiples de ciencia que técnicamente archivan su labor ciclópea animando abstrusos transcendentales aspectos de la luminosa enciclopedia encerrada en el monumento sin par de sus escritos –temas adaptables nada más que a especialistas familiarizados ya con similares problemas en el campo de explotación de los modernos adelantos científicos– sino de algo muy modesto y humilde en su enunciado, pero que aun así, a vuestra indulgencia me obliga a acudir, reo cual soy de temeridad y audacia en aventurarme a alzar tan por arriba estos mis pobres ojos enfermos, cuya miopía cultural hasta en claro-oscuros de crepúsculo literario –¡tan débiles son!– experimentan cegadores colapsos de deslumbramiento.

Dejando, pues, a otros seres privilegiados la misión de penetrar a fondo y traernos luego a plena luz la quinta esencia, digámoslo así, de sus fundamentales conceptos en los ramos más sustanciosos del saber, debo yo limitar mis observaciones a lo que, en su gesta se descubre como accidental y externo, pues lo ve y aprecia de por sí todo aquél que tenga pupilas en el rostro para apriornar con la retina las cláusulas, y pupilas en la inteligencia para sorprender lo que en ellas haya de sugestivo respecto a la estructuración de esas mismas cláusulas, y pupilas, asimismo, en el corazón para embeberlas en las luminosidades de belleza, de ternura, de sentimiento, que, como savia confortadora las animan, penetrando su urdimbre e infundiéndoles elasticidad, transparencia y jugosas y exquisitas y blandas conformaciones de dicción y de léxico.

En una palabra, en vez de exponeros lo más hondo y sublime y vasto de los conocimientos científicos del gran Feijóo, en lo que tienen de mérito personal y en lo que tienen también de subyugadoras eficacias docentes para el público, habréis de contentaros nada más con que os hable del ropaje en que estas lecciones se enfundan y de la cantidad de elementos lingüísticos de que el monje de Samos se valió para ataviarlas y prestarles gracia y colorido en los dominios del bien decir, de igual modo que en los del bien pensar les atavió y les prestó soplo creador su genio. Sólo así, valiéndose de los recursos de la palabra escrita, podía, en verdad, dejarlas a nuestro alcance, con grandiosa magnificencia de estilo, que es luz, y calor, y belleza, y animación, y vida.

---

2 Marcelo Macías, en *Elogio del sabio benedictino Fr. Benito Jerónimo Feijóo*, pp. 46-47.



Mostraros, en fin, sucintamente, cómo el célebre beneditino concebía y realizaba la obra literaria, he ahí la finalidad de este discurso, a que me arriesgo<sup>3</sup>.

Antes, empero, de entrar en el asunto, no estará por demás advertir que el aspecto literario que intento desenvolver, tal cual lo concebía y lo practicaba en sus escritos nuestro autor insigne, no viene a ser sino parte integrante de otro aspecto de más amplias perspectivas, tratado ya por Montero Díaz; el de la estética, que, cuando menos, cuenta, para las doctrinas feijonianas, con sólida base a su desarrollo, en los dos discursos sobre “La razón del gusto”, y “El no sé qué”, joyas inapreciables del t. VI del *Teatro Crítico*. Menéndez y Pelayo al señalar, en *Historia de las ideas estéticas en España* (t. III, pp. 159-174), la magnitud y alcance del pensamiento de nuestro escritor sobre la belleza, el gusto, la crítica y el genio, demarca con ello el verdadero punto de partida en que debiéramos situarnos para apreciar con toda justeza lo peculiar de la ideología literaria del autor del *Teatro Crítico*, de la cual poseía, sin duda, bien trabado plan de conjunto armónico en el cerebro, pero que en su fase literaria nos descubre sólo fragmentariamente, por no habersele ofrecido ocasión de hacerlo exprofeso a través de las páginas de sus obras, y con frecuencia en puntos en donde menos es de presumir, dados los títulos con que encabeza cada trabajo suelto. Cumple, consiguientemente, a mi empeño, tras recorrido paciente propio de industriosa abeja a lo largo de su labor vastísima, ordenar y combinar los conceptos así vertidos como a capricho por su pluma, y de ellos deducir con mejor o peor acierto el plan de conjunto de sus ideas literarias, esforzándome por conseguir, que, más bien que mi voz, sea su propia voz la que os lo exponga textualmente con la brillantez de su estilo y la pastosa calmosidad de su magisterio.

Y, sin más, vamos ya derechamente al asunto.

---

3 Obras consultadas: *Obras del P. Feijóo*, en 14 volúmenes, editadas en Madrid, a expensas del monasterio de Samos, por Blas Román en 1781: edición que citamos comúnmente. –Biografía del P. Feijóo, que precede a la edición del *Teatro Crítico* de 1776. –Nueva edición citada eventualmente: la de 1765. –Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, 1886: *Heterodoxos Españoles*, 1.<sup>a</sup> ed., t. III, –Marcelo Macías: *Elogio del sabio beneditino Fr. Benito. Jerónimo Feijóo*, Coruña, 1887. –A. López Peláez: *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijóo*, La Coruña, 1902: *Las poesías de Feijóo*, Lugo, G. Castro, 1899. –G. Marañón: *Las ideas biológicas de Feijóo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934. –P. Antonio Codorniu, S. J., *Dolencias de la Crítica*, Gerona, por Antonio Oliva, 1760. –J. P. Areal, *Poesías inéditas del P. Feijóo*, Tuy, 1901. –S. Montero Díaz, *Las ideas estéticas del P. Feijóo*, Santiago, 1932. –P. Francisco Soto Marne: *Reflexiones crítico-apologéticas sobre las obras del P. Maestro... Feijóo*, Salamanca, 1734. –Hernani Cidade: *P.<sup>e</sup> Benito Feijóo e P.<sup>e</sup> Luiz Antonio Verney*, publ. en *Boletín de la Universidad de Santiago*, 1933, t. I. –Benito Paradelo, C. M.: *El P. Feijóo, sus ideas y su tiempo*, publ. en *Vida Gallega*, Vigo, 1922. –*Poesías del P. Feijóo*, publ. en *Ilustración Gallega y Asturiana*, T. III.

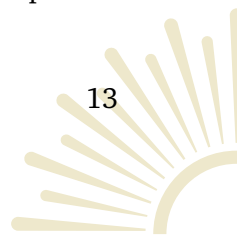
## FORMACIÓN INICIAL: PRECEPTIVA LITERARIA

No es preciso, al ocuparnos de las ideas literarias del P. Feijóo, traer a colación su cuna originaria, de familia ilustre –en Casdemiro–, ni su iniciación de estudios humanísticos en el apartamiento del monasterio de San Esteban de Ribas de Sil, ni, por último, su ingreso como aspirante al vivir monástico en San Julián de Samos, cuando frisaba todavía en los catorce de edad. De estos tiempos, no obstante, deben provenir las primeras nociones literarias del futuro escritor, nociones tan poco en armonía con su posterior fama de literato, que, más que elogio merecieran censura, de no tratarse de verdadero genio. Dícenos, en efecto, en *Justa Repulsa* (¿? VII): “En el segundo tomo de *Cartas*, tengo escrito que nunca estudié reglas de Retórica, ni vi de ellas sino como de paso, lo que bastó para conocer que me eran inútiles. Y en esto mismo estoy siempre, sientan otros lo que quisieren”.

La alusión, señores, del P. Feijóo al t. II de *Cartas* es exacta. Trata allí de convencer al lector de que la elocuencia es naturaleza y no arte, y exclama (p. 62): “Acabada la Gramática, me dieron unas pocas lecciones de Retórica, que olvidé enteramente; y si más hubiera estudiado, más procurara olvidar por la razón expresada (de) que me estorbaría en vez de aprovecharme”. Por lo cual –concluye en el texto primero que adujimos–: “Así mi persuasiva, de ninguna manera es hija del arte, sino de la razón natural en cuanto ésta me representa con claridad las verdades que escribo, proponiéndome las razones que la persuaden y estas mismas razones, puestas perspicuamente, me sirven para persuadirlas a otros”.

He querido abrir paso a este Discurso con los citados párrafos en que el P. Feijóo expresa lo con él ocurrido respecto a lo inútiles que fueronle las normas o reglas de la Retórica en su formación literaria, para que se vea la poca importancia que luego, en la serie de sus estudios, da a asunto de tanta monta, y como de esta subjetiva inutilidad elevó seguidamente su criterio a la tesis objetiva de que debe prescindirse del estudio de las mismas, en vista de los resultados por él obtenidos sin necesidad de tal concurso. Júzguese, sino, por estas palabras, con que razona su opinión originalísima:

“Puede asegurarse –nos dice– no lleguen aún a una razonable medianía todos aquellos genios que se atan escrupulosamente a reglas comunes. Yo vendría muy bien con los que se atan servilmente a las reglas, como no pretendiesen sujetar todos los demás al mismo yugo. Ellos tienen justo motivo para



hacerlo. La falta de talento les obliga a esa servidumbre. Es menester numen, fantasía, elevación, para asegurarse el acierto, saliendo del camino trillado. Los hombres de corto genio son como los niños de la escuela, que si se arrojan a escribir sin pauta, en borrones y garabatos desperdician toda la tinta. Al contrario, los de espíritu sublime logran los más felices rasgos cuando generosamente se desprenden de los comunes documentos. Así es bien que cada uno se estreche o se alargue hasta aquel término que le señaló el autor de la naturaleza. Quédese en la falda quien no tiene fuerza para arribar a la cumbre, mas no pretenda hacer magisterio lo que es torpeza, ni acuse como ignorancia del arte, lo que es valentía del numen<sup>74</sup>.

Ante declaración semejante, lo primero de envidiar en el P. Feijóo es, sin duda, la facilidad con que logra imponerse en el ambiente literario sin previas molestias del estudio de la Retórica, considerado como fundamental, para el caso, en todos tiempos. No reza, pues, con lo que le haya rendido el esfuerzo literario, la frase aquella puesta en el prólogo a *Ilustración Apologética*, en que afirma: “ciertamente, tendrías lástima de mí, si supieras cuanto me cuesta y a cuán alto precio compro esto poquito de fama que me granjea la pluma”. No, nada le costó, a lo que parece, ni puso tampoco el menor empeño, en regularizar la presentación literaria de sus ideas. Más, ¿cómo, entonces, se explica, que, en frase del abad P. Moreiras rayase a tanta altura en su calidad de literato en que luce, aun en plena ancianidad, “todo el vigor, fuerza, energía y esplendor de aquella elocuencia que le ha hecho apellidarle el Marco Tulio español<sup>75</sup>”?

A esta pregunta nos responde ya el biógrafo anónimo, encabezando la edición del *Teatro Crítico* de 1773, t. 1, p. XI: “es cierto que se puede dar un hombre de tal juicio y tino mental, que explique sus pensamientos con propiedad de voces, mueva oportunamente las pasiones y persuada eficazmente, pero también es innegable que *Demóstenes, Cicerón y Fr. Luis de Granada*, cuya elocuencia sirve de modelo, conocieron muy bien los preceptos retóricos, pues los dos últimos trataron ex profeso esta materia y el primero era tan correcto en el modo de escribir, que de sus oraciones decían *oler al aceite*, por el demasiado estudio que ponía en limarlas. Fueron los preceptos de la elocuencia, a la verdad, sacados por comparación de las obras de los mejores oradores. Lo mismo ha sucedido con las demás Artes y Ciencias, y nadie duda que con todo eso es necesario su estudio, porque los elementos o principios de cada Arte o Ciencia no son otra cosa que un tejido de verdades o conjeturas deducidas de las observaciones

---

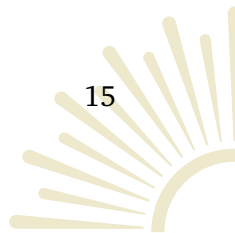
4 *Cartas*, t. I, pp. 319-320.

5 En la *aprobación de Justa Repulsa* (Obras Apologéticas, Madrid, 1765), p. 201.

hechas por muchos hombres doctos en aquella materia. Todas las Ciencias y Artes quedarían atrasadas si quedasen fiadas a las combinaciones privadas de cada particular y se creyese que un ingenio naturalmente sobresaliente podía atinar con las propias reglas”.

En estas frases, señores, muéstrase harto complaciente nuestro biógrafo al asentir, en algún modo a afirmación tan original, cual la de atribuir la totalidad de su mérito literario a luminosidades de la propia inventiva, si bien advirtiendo que no debe en esto imitársele. Deslumbra, sin duda, al gran sabio la propia fuerza de su talento. No hubiera nunca el P. Feijóo visitado un aula, abierto una obra o relacionándose con persona docta, y gran esfuerzo tendríamos que hacernos para suponer que, si no en su rigidez de técnica, no le llegaron a la inteligencia las normas de la Retórica, a lo menos, ejemplificadas en mil formas y giros, aunque él, sin notarlo sensiblemente, se las haya asimilado con esa ingenua inconsciencia con que un niño de cuna, reclinado en la mecedora de los brazos maternos, se impone, en el sentido de las primeras palabras que oye, las enlaza entre sí para formar una cláusula y enlaza, por fin, las diversas cláusulas hasta completar el significado del pensamiento que la madre quiere expresarle. ¿Y no es del mismo modo que el significado y fuerza de cada palabra, como aprende también luego a expresarla, creciendo en perfección su lenguaje con los días, como crece su cuerpo en proporción al alimento?

Porque no, señores; el P. Feijóo, digámoslo con llaneza, no es pensador que haya prescindido, para serlo, de las tareas del estudio. Lo copioso de estas tareas, realizadas sobre los libros, le proporcionó, en parte, sustancia abundosa de conocimientos científicos, pues para eso y no para entretenimiento, se procuró la enorme erudición que campea en sus escritos. ¿Y cómo entonces, imaginarnos, que al verterle los autores sus ideas sobre la inteligencia, como vierten los cielos sus lluvias y éstas forman los depósitos profundos de aguas de donde brotan los manantiales, abastecieran esas ideas lo insondable de su cultura, y, en cambio, en lo relativo a la forma literaria en que le eran comunicadas, con sus términos, giros, figuras, ductilidad y riqueza de expresión, todo, en fin, le resbalara como por la superficie, sin dejarle en la mente la menor huella, implicando en él un talento permeable en alto grado a lo descarnado de las ideas y totalmente impermeable a la forma literaria de los conceptos? ¿No podemos decir que al docto autor del *Teatro Crítico* le ocurrió lo que le ocurre a tantos otros escritores ayunos de preceptiva retórica, pero que prácticamente se la asimilan sensibilizada en la conversación con personas cultas o en la lectura de composiciones escritas?





Por otra parte<sup>6</sup> el P. Feijóo no sólo en sus años de humanidades se vió de frente con la preceptiva literaria, sino también en los de sus estudios de crítica sobre asuntos de literatura. Basta, para comprobarlo, lo que expone en el t. IV del *Teatro Crítico* en su discurso XIII sobre “Glorias de España”; y aun de este discurso, únicamente lo relativo a dos inmortales tratadistas de elocuencia retórica, cuales fueran Quintiliano y Cicerón. Feijóo, en efecto, los enfrenta como tales tratadistas retóricos, en las pp. 479-480, y otorga entre ambos la palma al español sobre el oráculo tribunicio de Roma, poniendo la Retórica de éste último por debajo del magisterio escrito del anterior. “Sea lo que se fuere –escribe– del uso de la Retórica en los preceptos y magisterio del arte, es constante que excedió mucho Quintiliano a Cicerón, pues a lo que éste escribió para enseñar Retórica le falta mucho para igualar las excelentísimas *Instituciones de Quintiliano*”. ¿Cómo llegar Feijóo, decidme, a esta conclusión, sin estudiar previamente la preceptiva literaria de ambos, con la serena y calmosa apreciación de pormenores que el caso requiere en críticos de su altura? ¿Y es posible que justipreciando la propiedad de las reglas retóricas de los dos maestros para compararlas, pudiera apreciar su respectivo mérito teóricamente y no en orden a beneficiarse poco o mucho de sus normas en ventaja del personal lenguaje o estilo?

En mi sentir, señores, el desprecio del P. Feijóo respecto a las reglas retóricas, nace prácticamente del abuso grandísimo que se hacía de las mismas para inficionar y destruir toda belleza estética en la literatura hispana. Su talentosa penetración crítica, dióle a conocer el estado lastimoso de la cultura nacional –la más triste de cuantas registra la historia de nuestra Patria– y, por un efecto de sana reacción clásica, declaróse en contra del magisterio autoritario, extravagante y corruptor de sus tiempos. Así lo cree también Montero Díaz, cuando escribe: “Feijóo, como primera providencia, tendía a la eliminación de trabas preceptuales: retórica o gramática, crítica o lógica. Su anarquismo sería en nuestros días inadmisibile, en cuanto que las buenas condiciones del sujeto son la base mínima indispensable que en nada contradice a las ventajas de una metodología previamente elaborada y aceptada, en cualquier ciencia. Pero, en los tiempos de Feijóo, aquella tendencia anarquista con hábito benedictino era una saludable reacción. Cuando menos, un enérgico desinfectante”<sup>7</sup>. Por esto precisamente, porque tendía a destruir lo convencional, lo ridículo, lo decadente de la época, saluda Menéndez y Pelayo, como signo de renovación, el grito de independencia literaria de nuestro autor. En realidad, ese grito tendía

6 [Nota á edición]: *Boletín de la Real Academia Gallega* 273, 281-297.

7 *Las ideas estéticas del P. Feijóo*, Santiago, 1932, p. 60.

a concluir con lo ficticio, salvando de sus estragos la naturalidad y pureza del estilo, que debe estar por encima de toda imposición caprichosa. “No se trata, pues –insiste Montero Díaz–, de una anárquica rebelión subjetivista, sino, con un sentido más hondo, de una defensa de las reglas absolutas, objetivas, emanadas de la mente divina, contra las reglas preceptivas, diminutas y limitadas de los retóricos. El genio, percibiendo lo eterno e incorporándolo a lo humano, no hace sino ensanchar el campo de las artes”<sup>8</sup>. Y quizá en ese sentido puede tomarse lo que nos dice Feijóo en sus *Reflexiones sobre la Historia*, es a saber: “Tal vez, es más perfección apartarse de las reglas, porque se sigue rumbo superior a los preceptos ordinarios”<sup>9</sup>.

De no ser así, de cerrarse Feijóo en absoluto a toda regla retórica, ¿hubiera caído en el extremo opuesto de convertir su *Teatro Crítico* y sus *Cartas Eruditas* en muestrario de reglas, de normas, de preceptos literarios o científicos para los demás, haciendo de por sí lo que condenaba en los otros, como para suplantar sus orientaciones en el imperio de la Retórica, por él antes menospreciado? ¿No llega, en ocasiones, a lamentar la imposibilidad de fijar regla segura para determinados casos, v. gr., cuando dice, respecto al estilo propio de asuntos históricos: “Lo peor es que no pueden darse reglas para vencer tropiezos: todo lo ha de hacer el genio, la comprensión, la perspicacia del escritor?”<sup>10</sup>. ¿No se expone a incurrir en contradicción, sacudiéndose para la literatura toda preceptiva o imponiéndola, en trueque, para el arte al exclamar: “El estudio y observancia de las reglas hace artífices peritos, y sin ellas ninguno lo es... sin el estudio de las reglas de la pintura, nadie se hace ni aun pintor mediano?”<sup>11</sup>.

Por lo demás, Feijóo no rechaza en absoluto el arte literario, que a tales reglas dió vida, sino con miras a otorgar preferencia a las condiciones naturales del individuo, con las cuales el arte debe correr parejas para conseguirse excelente literatura. De aquí el que nos diga en otro lugar del *Teatro Crítico* (I, 368), hablando de la literatura francesa: “se ve que el arte está amigablemente unido con la naturaleza”. En cuanto a la práctica española de la Retórica en su tiempo, piensa de modo opuesto, hasta el punto de repetir adusto: “Lo más que yo podre permitir (y lo permitiré con alguna repugnancia) es que el estudio de las reglas sirva para evitar algunos groseros defectos”<sup>12</sup>. Así, pues, esta

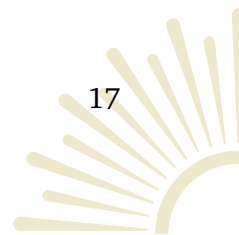
8 Op. cit. p. 34.

9 *Teatro Crítico*, t. IV, p. 178.

10 Op. cit., ibid.

11 *Cartas*, t. II, p. 56.

12 *Cartas*, ibid., pp. 57-58.



actitud intransigente del P. Feijóo, en relación con los dictámenes literarios de su tiempo y la suma de nuevas y no aun practicadas reglas por él establecidas en sus escritos, danle carácter representativo de precursor de nuevo género literario –el romántico–, sin por eso eximirle de la responsabilidad de que no a todos aprovechara para mejoramiento su conducta.

Por lo cual no extraña que el predilecto de sus discípulos, el célebre P. Sarmiento, escamado de que le criticasen el estilo, cual él y Feijóo criticaban el de otros, responda con agrios tonos: “No hay para que argüirme... ¿Qué le importa al lector que yo haga o no haga digresiones?... Cada uno escriba, *lo qué, cuánto y cómo quiera*, que yo no estoy privado de hacer lo mismo”<sup>13</sup>.

¿Consecuencia práctica de todo lo aquí expuesto hasta el presente?... Un escritor contagiado de modernismo literario, haría suyo este verso de Juan Oscar Ponferrada en *Loor de Nuestra Señora* (Buenos Aires, 1941):

¡Ni esclavitud retórica, ni indisciplina vana!

pero Menéndez y Pelayo, más ecuánime en sus juicios, concluye por decir: “la opinión del P. Feijóo, por lo mismo que es tan especiosa, por lo mismo que encierra una parte de verdad, por lo mismo que halaga la pereza de los espíritus científicos y de los espíritus literarios atropellados y fáciles, debe rechazarse severamente, en cuanto envuelve la ruina, no ya de la Retórica, sino del arte mismo de la palabra, de aquel arte racional de animar los pensamientos, de mover los afectos, de excitar las pasiones y de hacer la verdad más clara y manifiesta”<sup>14</sup>.

#### PERFECCIONAMIENTO LITERARIO: INFLUENCIA DE LOS CLÁSICOS NACIONALES

A vuelta de las nociones elementales de la Retórica para feliz estructuración del lenguaje o de la escritura, suele aconsejarse, como estimulante, al desarrollo del estilo y perfeccionamiento del idioma, la lectura y adaptación o imitación de autores clásicos que sirvan a principiantes y proficientes de modelos en el ejercicio de la declamación o de la pluma para mejor acierto en la aplicación de las reglas. Pues bien; también en esto, señores, al igual que en el

---

13 Cit. por López Peláez en *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijóo*, La Coruña, 1902, pp. 319-320, 323.

14 Op. cit., t. V, pp. 167-168.

estudio de la Retórica, revélase el P. Feijóo con notable tendencia en prescindir de ambas cosas, cual ha prescindido de lo primero, con miras a precaverse contra el riesgo de convertir su numen en mono de imitación de los autores que se adopten por guías o luminas de inspiración propia. Naturalmente, resulta semejante actitud, fruto –como en la anterior– de su impresión subjetiva, que le fuerza a expresarnos la observación curiosa de que, a pesar de sus muchas lecturas y del ejercicio de la pluma durante diecisiete años, no advierte haber mejorado en nada de estilo. “Quédame, no obstante –añade– un leve recelo de que en mi genio, o llámese disposición del temperamento, haya algún estorbo oculto para que, en orden a la elocuencia, me sirvan los auxilios que aprovechan a otros”<sup>15</sup>.

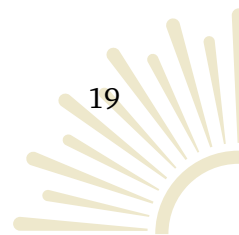
En realidad, señores, tenía el P. Feijóo tan pobre concepto de la producción literaria de la época –puesta más al alcance de los estudiosos– que no es extraño viese con repugnancia toda búsqueda de modelos e inspiración en los libros. Por sabido se está la corriente adversa, entonces dominante contra el clasicismo, que le obliga a decir: “Los que hablan castellano puro, casi son mirados como hombres del tiempo de los godos”<sup>16</sup>. De opinar el sabio de Casdemiro, en sus años juveniles, a tenor de su admirador el Dr. Marañón, o sea: “que el hábito poético es la mejor preparación para escribir después las cosas de ciencia, por lo común tan prosaicas, pero en las que el pensamiento encontrará su óptima envoltura literaria en una rima inverosímilmente fluida”<sup>17</sup>, nada tendría de extraño que dedicando, a la razón, sus ocios o semejantes tareas bajo la impresión de lecturas poéticas contemporáneas a las cuales tanto se parecen las que él dejó inéditas, llegara luego a negar toda eficacia bienhechora a lecturas e imitación de otros autores, hasta decirnos con convicción de desengañado: “La gala de las expresiones, la agudeza del concepto, la hermosura de las figuras, la majestad de las sentencias, las ha de hallar cerca de uno en el fondo del propio talento. Si ahí no las encuentra, no las busque en otra parte. Ahí están depositadas las semillas de esas flores y ése es el terreno donde han de brotar, sin otro influjo que el que, acalorada del asunto, les da la imaginación”<sup>18</sup>. E insiste, al discutir con el Sr. Mañer, en su primera idea, manifestando que la mejor elocuencia es la que a un entendimiento claro, perspicaz y sólido dicta la misma naturaleza; no la que se granjea a fuerza de artificio en el aula. Aquélla –continúa– persuade eficazmente y convence los ánimos, ésta

15 *Cartas*, t. II, p. 62.

16 *Teatro Crítico*, t. I, p. 370.

17 *Las ideas biológicas del P. Feijóo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934, pp. 88-89.

18 *Cartas*, t. II, pp. 57-59.



es puro sonsonete en los oídos. Así los hombres elocuentes. A fe que he visto más de cuatro labradores, cuyas razones me hacían más fuerza que las del Sr. Mañer; y por ahora le remito al Reverendísimo P. Benito Pañeles, General que fué de mi Religión y hoy reside en el Monasterio de Monserrate de esa Corte, a quien podrá preguntar si es verdad que su Reverendísima me dijo varias veces, cuando tuve la fortuna de ser compañero suyo en el Colegio de San Salvador de Lérez, que no había visto hombre ni de entendimiento más claro ni más elocuente que un pobre arriero llamado *Francisco de Seixo*, natural de una montaña distante seis leguas de Pontevedra, a quien tratamos mucho los dos; bien que yo creo que, si el Sr. Mañer le tratara, oyéndole hablar gallego cerrado (que no sabía otro idioma) le tendría por insipiente y rudo”<sup>19</sup>.

Este caso, señores, que demuestra las felices disposiciones de Francisco de Seixo para la elocuencia, sería eficaz en contra de las excelencias de la imitación literaria, siempre que se probase que el arte, a que alude Feijóo, o sea la formación y manejo literario de buenos modelos habría de perjudicarle en la elocuencia natural al afortunado campesino, en vez de realizársela, pulimentársela y aristocratizársela, si se me permite la frase, hasta convertirle, de *insipiente y rudo*, que diría Mañer, en digno émulo de Cicerón o de Demóstenes. Sólo que, afortunadamente, la práctica enseña lo contrario. Claro está que la base del perfeccionamiento literario no estriba en la lengua, estrictamente considerada; sin embargo, contribuye ésta en gran modo a dar vuelo a la idea, en sentir de nuestro mismo escritor que exclama: “La gracia, esplendor y hermosura de un idioma son tan inherentes, especialmente en las composiciones poéticas, al mismo idioma, que cuando se intenta transferirlas a otro diverso, casi enteramente pierden su valor”<sup>20</sup>. Lo cual, por cierto, no obsta para que reconozcamos existir en esto otro valor oculto que anima, en ocasiones, el conjunto, y que el P. Feijóo, hablándonos de las riquezas literarias de Sta. Teresa y Fr. Luis de Granada, expone, al manifestar, en *Glorias de España* que “no es la gravedad de nuestro idioma quien les da el supremo valor que tienen, sino otra cualidad más esencial que va siempre con ellos a cualquier idioma que se trasladen”, atribuyendo “esta excelencia, no a la lengua, sino al espíritu de los españoles, el cual, por cierto género de elevación que tiene sobre las cosas sensibles, está más proporcionado para tratar dignamente asistido de la divina gracia, las soberanas y celestes”; sin que esto quiera decir que, aun en tal caso, no sea la lengua o idioma quien presta ropaje a la excelencia de tales bellezas; ropaje que puede ser más fino o más grosero, más elegante o más vulgar, y

19 *Obras Apologéticas*, cit., p. 207.

20 *Cartas*, t. V, pp. 433 y 464.

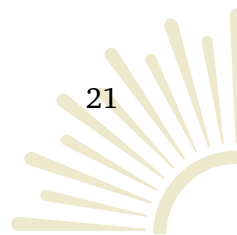
que debe plegarse a una apropiada expresión de la idea, exigiendo para ello su conocimiento y dominio, la estructura gramatical y la fuerza de sus conceptos literarios. Por eso *Francisco de Seixo*, de tan bellas condiciones oratorias, no podía serlo en castellano, sin enseñorearse antes de los resortes de nuestro idioma. Y así bien podemos concluir que, de no tratarse de un ingenio como el del sabio de Casdemiro, capaz de moverse desde un principio sin andadores, fuerza le es a la generalidad de los principiantes en achaques literarios recurrir a la lectura de buenos modelos para adelantar en la marcha como se lo es, físicamente, echar mano de sano alimento para robustecer el organismo. “Sé con toda certeza –repite otra vez Feijóo, y así debe creer ocurre a los demás– que me es imposible acomodarme a la imitación de algún otro escritor. La poca y ligera lectura que por mera curiosidad he tenido uno u otro breve rato en algunos autores que han tratado de Retórica, me ha dado a conocer con la misma evidencia que la aplicación al uso de las reglas, en vez de ayudarme, me embaazaría”<sup>21</sup>.

No llega, sin embargo, señores, a cerrarse tan de banda al uso corriente, que deje de darse cuenta ser quizá su ingenio una excepción entre los demás; y es por eso, por lo que añade a seguida: “Acaso otros tendrán mejores disposiciones para que la imitación, el ejercicio y el estudio les sirvan. Pero a todos aconsejaré que no se fíen al propio dictamen en orden al concepto que deben hacer de las ventajas que han adquirido con esos auxilios. Es facilísimo engañarse cada uno a sí mismo en esta materia. ¡Cuántos, pensando que con la imitación han mejorado de estilo, lo han empeorado con la afectación! Conozco algunos”.

A fin, pues, de guiar a los inexpertos, enderézales seguidamente estas juiciosas normas con que mantenerse a salvo de servil imitación de los modelos, sin perjuicio de beneficiarse a placer de los tesoros literarios puestos a su alcance: “Si alguna cosa puede interesar en esta materia, es, en mi dictamen, el frecuentar buenos ejemplares, así en la lectura como en la conversación. Pero esto no se haga con la ira de imitar a alguno o algunos, de que resultarían los inconvenientes que he expresado. Tampoco se ha de poner estudio en mandar a la memoria las voces o frases que se oyen o leen. Sucederá que éstas en el contexto del que las profiere están colocadas de modo que hacen un bello efecto, y traspuestas a otro tendrán mal sonido. ¿Pues qué fruto se puede sacar de los buenos ejemplares sin ese cuidado? No será muy mucho, pero será alguno. Insensiblemente se va adquiriendo algún hábito para hablar con orden. Sirven también las voces y frases de los buenos ejemplares que se frecuentan, no

---

21 Id., t. II, pp. 63-64.



poniendo cuidado en estudiarlas ni usar de ellas. Sin eso, se quedarán muchas en la memoria y como espontáneamente se vendrán a veces, sin llamarlas, a la lengua o a la pluma; de este modo vendrán bien y caerán en su lugar, como si fuesen producciones del propio fondo. Este es, en mi sentir, el único medio que hay para ayudar en el estilo la naturaleza con el arte, porque en él toma el arte el modo de obrar de la naturaleza”.

#### PERFECCIONAMIENTO LITERARIO: INFLUENCIA DE LOS CLÁSICOS EXTRANJEROS

Luego de averiguar el papel secundario que para el perfeccionamiento literario otorga el P. Feijóo a los clásicos nacionales, no estará por demás conocer el dispensado a los clásicos extranjeros. Claro está, señores, que no es de esperar les dispense rango superior; sin embargo, hallamos en sus afirmaciones una de maciza rotundidad que dice: “No hay idioma alguno que no necesite del subsidio de otro, porque ninguno tiene voces para todo”<sup>22</sup>; o lo que es igual, todos los moldes literarios, en que se vacían las ideas son imperfectos para imprimirles la debida expresión, necesitando, por ende, relativo contracambio de palabras, unos de otros.

He aquí, pues, un tema que se ramifica en varios más dentro de la base de entronque de la necesidad o conveniencia de conocer los idiomas extranjeros para realizar y completar el propio. Que el P. Feijóo debía estar conforme en ello, no cabe la menor duda; mas no por eso pudo librarse de ser tachado de poco partidario de tan importante vehículo de compenetración internacional científico-literaria. Su propio biógrafo, de la edición de 1773, se cree (pp. XIX-XX) en el deber de disculparlo por haber disuadido a uno de sus consultores del estudio de la lengua griega, no obstante haber ésta acrecentado fabulosamente el progreso científico-literario de España.

Por su parte, el monje de Casdemiro, que no oculta nunca el pensamiento, exponiéndonos los motivos que a él le movieron a desistir del estudio del griego, nos dice: “El primero fué parecerme que el tiempo que expendiese en esa tarea, podría emplearse en otros estudios más útiles. El segundo, considerar que, sin más escuela que la de los libros, no podría adquirir sino una inteligencia muy imperfecta de la lengua... El tercer motivo porque me retiré del estudio de esta lengua, fué considerarla de muy corta importancia *in re literaria*”<sup>23</sup>.

---

22 *Cartas*, t. I, p. 321.

23 *Cartas*, t. V, pp. 434-436.

No es, sin embargo, que el P. Feijóo desprecie ni tenga en poco el conocimiento de las lenguas extranjeras y menos aun el griego. Fué él, precisamente, quien dejó escrito: “el estudio de la lengua griega puede producir considerables utilidades literarias”<sup>24</sup>. Sólo que, en el despacho de la consulta a que aludimos, no se trataba de la importancia del griego para la literatura, sino para la erudición; y en este sentido, le es dado al autor del *Teatro Crítico* responder a los contradictores: “lo de apreciar la dicha lengua como fuente de toda erudición es una hipérbole excesiva de que usan los aficionados a ella, para hacer más plausible su inclinación”<sup>25</sup>. Y es por eso –por tratar de preferir el estudio de una lengua a otra bajo tal aspecto– por lo que Feijóo antepone al conocimiento del griego, el del francés, merced a lo maravilloso de la producción mundial reunida bajo su influencia. “Hoy –nos dice– el idioma galicano, aunque no fuente, es una copiosísima cisterna donde se recogió cuanto de erudición sagrada y profana vertieron las cuatro fuentes de Jerusalén y Roma, Atenas y Alejandría”<sup>26</sup>.

En cambio, puesta la misma cuestión en el terreno de la utilidad literaria, no le encuentra grandes ventajas al francés –pues se las circunscribe a lo de ciencias y artes positivas–, afirmando que “todos sus poetas no hacen un Torcuato Tasso”<sup>27</sup>, y mira con preferencia al griego por el provecho que su estudio puede producir para conocer directamente la labor de sus poetas, pues “será, consiguientemente, más grata y deliciosa su lectura. ¿Está, por ende, clara o no la actitud del eminente polígrafo en este asunto?

Ni podía, ciertamente, pensar de otro modo el P. Feijóo, desde el momento en que, como hemos visto, reclama la cooperación mutua de léxico entre unas y otras lenguas para ir gradualmente completándose y perfeccionándose. Esto, a lo cual denomina gráficamente “empréstito de voces”, nos descubre lo importante que considera para la literatura la difusión, entre españoles cultos, de idiomas extranjeros, puesto que mal podríase, sin conocerlos, realizar a conciencia semejante importación, cuya utilidad práctica proclama y sostiene. Dióse él de lleno al estudio del francés que le abría en aquellos tiempos con profusión magnánima los tesoros científico-artísticos de toda la antigua y moderna investigación oriental y europea; y prendidos en la urdimbre enjundiosa de esos conocimientos, destinados a abastecer el arsenal enciclopédico de su *Teatro Crítico*, trasladáronse a nuestra península no pocos galicismos

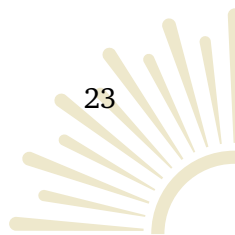
---

24 Ibid., p. 466.

25 Ibid., loc. cit.

26 Ibid., loc. cit.

27 Ibid., pp. 451-452.





a los cuales dispensó nuestro monje patente de ingreso en el léxico hispano. ¿Era, señores, dicha importación lingüística, al tratar de aclimatar en el medio ambiente de nuestro lenguaje hereditario, elemento benéfico o maléfico a la majestad y pureza del lenguaje?

¡Ah, bien lo sabéis! La novedad de esta importación feijoniana, no tardó en esgrimirse como arma de combate en contra del P. Feijóo que, actuando de caballero andante de la pureza y casticismo del castellano, así realizaba, a ojos vistas, la introducción de semejante mercancía de contrabando. Tratósele, en efecto, de afrancesado contumaz del idioma. Reflejando este sentir, nos dice Montero Díaz. “Él, quizás el menos francés de los escritores españoles de su tiempo; que quebrantó las cadenas de las retóricas francesas, que hizo ley soberana de su independencia estilística, y con su ejemplo libertó de influencias trasporteñas a innumerables escritores, había de ser precisamente el que más plagase de galicismos su prosa, hasta el punto de hacerla a veces modelo de impureza, en contraste con la serenidad y hermosura incomparable de otros párrafos”<sup>28</sup>. Y D. Marcelo Macías, que se extasía ante las preciosidades lingüísticas del sabio benedictino, pide, ante tales alegaciones, a la indignación sus vehemencias acres, para replicar: “¿Qué debemos pensar de esa mezquina crítica de ápices gramaticales, que renuncia al encomio de grandes bellezas, ante unos cuantos galicismos?”<sup>29</sup>.

En realidad, señores, este problema deja de serlo, parando mientes en la posición excepcional del P. Feijóo, frente al hispanismo literario de la época. Feijóo aparecía en escena tratando asuntos científicos hasta entonces desarrollados en latín, en pura lengua española, la cual por el hecho de haberse mantenido desde el origen al margen de dichas cuestiones, no contaba en muchos casos con elementos lingüísticos suficientes para dar a la materia toda forma característica reclamada en cada circunstancia por los asuntos que entraban en juego. Desde el momento, pues, en que introducía en el lenguaje hispano nuevos asuntos para los que no siempre hallaba apropiados términos, ¿qué hacer sino acudir por *empréstito* de voces adecuadas a otros idiomas que de ellas disponían? He aquí lo que, según Marañón, explica en gran parte la forzosa abundancia de extranjerismos en las obras del P. Feijóo. “Esto mismo –prosigue el docto biólogo– tenemos que hacer ahora los hombres de ciencia. Un psiquiatra moderno, por ejemplo, tiene que castellanizar necesariamente multitud de germanismos,

---

28 Op. cit., p. 8.

29 Op. cit., pp. 28-29.

sin los cuales tendría que renunciar a escribir en nuestra lengua”<sup>30</sup>. Tal es, sin duda, la razón que justifica, al menos en parte, los galicismos del autor del *Teatro Crítico*, convirtiéndole así en mérito propio los vituperios de sus contradictores.

¡Y no digo yo, si en trueque, tratan ahora de jalearlo nuestros literatos modernistas, aclamándole, por ello, como precursor hispano de su desatada irrupción de extranjerismos y términos excéntricos con que entran a saco por los cármenes floridos y brillantes del hispano clasicismo, considerándose por igual derecho que el gran polígrafo a la introducción de voces nuevas! Debieran recordar estos tales, antes de soltar locamente las campanas a vuelo, que si el P. Feijóo proclama que “el empréstito de voces que se hacen unos idiomas a otros es, sin duda, útil a todos”, también añade con igual firmeza y convicción, que “cuando el idioma nativo tiene voces propias ¿para qué se han de substituir por ellas las del ajeno?” Y vuélvese airado contra los profanadores, que “ponen por medio el no ser entendidos para ser reputados por entendidos, cuando el huirse con voces extrañas de la inteligencia de los oyentes, en vez de avecindarse en la cultura, es en dictamen de San Pablo, hospedarse en la barbarie: *si nesciero, virtutem vocis, ero ei cui liquor barbarus, et qui loquitur mihi barbarus*”<sup>31</sup>.

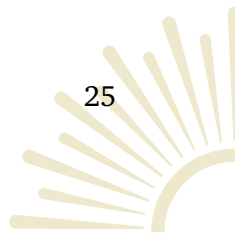
Dejemos, empero, ya a un lado este aspecto de la importación cultural extranjera en nuestra literatura y procedamos a observar otro más importante, o sea el de la importación, no ya de voces o expresiones sueltas, sino de obras de escritores extraños, vertidas a nuestro idioma a favor de todos aquellos que, por no poder conocer los textos en su original, sólo así logran gustar de tales producciones.

No descuida, tampoco, el sabio benedictino el estudio de tema tan importante, al que soslaya, desde luego, su declaración explícita de que más costoso le es a él trasladar el ajeno estilo al suyo, que el escribir libremente por cuenta propia. Y en efecto, baste recordar aquí, a nuestro propósito, que con lo así expuesto concierta su opinión de que mayores cualidades de estilo se requieren en los traductores que en los simples autores. “Traducir de un idioma a otro –exclama– de modo que la copia tenga igual perfección que el original, pide un ingenio superior”<sup>32</sup>. Y antes de esto había ya combatido a los que, ilusos, imaginaban lo contrario, exclamando: “páreceme, asimismo, que sin temeridad puedo suponer que... de entre tres mil, habrá treinta o cuarenta capaces

30 Op. cit., p. 87.

31 *Teatro Crítico*, t. I, p. 380.

32 *Cartas*, t. V, p. 470.



de traducir un libro de la lengua francesa a la española. ¡Oh cuántos pensarán que en este cálculo me estrecho demasiado, siendo muchos los que están persuadidos de que, para traducir de lengua a lengua, no se necesita más que la inteligencia de una y otra! ¡Qué error! Es necesaria –concluye– tanta habilidad para traducir bien, que estoy por decir que más fácilmente se hallarán buenos autores originales, que buenos traductores”<sup>33</sup>.

Y basten estas breves cláusulas, para descubrir el pensamiento del P. Feijóo en orden a las traducciones. Quiere que –de ser posible– el traductor supere al autor cuya obra vierte al español, en la limpieza, claridad y elegancia del lenguaje, haciendo así honor a su prestigio al darle presentación honrosa en los dominios de la cultura hispana.

#### ACTUACIÓN LITERARIA: ESTÍMULOS CONFORTADORES

A vuelta de problemas tan interesantes como los que dejo señalados y que, en cierto modo, pueden considerarse como preliminares de la vida literaria, otros solicitan nuestra atención que nos introducen ya de lleno en el ambiente de su actuación y tienden a prestarle alientos en medio de las dificultades que, también en este campo de acción, como en los demás de la vida humana, tratan de cortar el paso a cuantos a ella intentan consagrarse debidamente.

No descuida, señores, nuestro P. Feijóo la solución de estas dificultades, a las cuales generalmente abre camino, en sus tiempos, el muy común prejuicio de que las tareas literarias perjudican la salud de sus cultivadores, les envenenan el humor y les abrevian duramente la vida los dominios del tiempo. Entusiasta, cual lo es, el célebre benedictino del desarrollo y generalización de la cultura en sus más elevadas manifestaciones, sale al encuentro de los que tal cosa divulgan, para decir: “no padece la salud de los hombres de letras tanto como vulgarmente se dice. Con ellos vivo y he vivido siempre, y no veo tales males ni oigo tantos gemidos. Ramuzzini, con otros médicos, dice que el estudio hace a los hombres melancólicos, tétricos, desabridos. Nada de esto he experimentado ni en mí ni en otros que estudiaron más que yo; antes bien, cuanto más sabios, los he encontrado más apacibles. Y en los escritos de los hombres más eminentes se nota un género de dulzura superior a la común condición humana”<sup>34</sup>. Y lo confirma, luego, con su propia experiencia, añadiendo: “no soy de

33 Ibid., p. 459.

34 *Teatro Crítico*, t. I, p. 222.

genio tétrico, arisco, áspero, descontentadizo, regañón, enfermedades del alma comunísimas en la vejez, cuya carencia debo en parte al temperamento, parte a la reflexión. Tengo siempre presente que cuando era mozo, notaba estos vicios en los viejos, observando que con ellos se hacían incómodos a todos los de su frecuente trato; y así procuro evitar este inconveniente, que lo sería, no sólo para mis compañeros de habitación, sino también para mí, pues no puedo esperar muy complacientes aquellos que me experimentan desapacible”<sup>35</sup>.

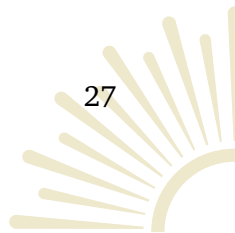
Claro está, señores, que sino en los prejuicios apuntados, no faltan a las tareas de la actuación literaria, trabajos, molestias o inconvenientes, pero también a éstos ofrece el sabio benedictino la debida compensación, manifestando que nada significa el sacrificio que impone su ejercicio si se le compra –por costoso que sea– con las satisfacciones íntimas que nos produce. Y así dice: “Los que en materias más áridas estudian para instruir a otros con producciones propias, tienen a veces la fatiga de llevar cuesta arriba el discurso por sendas espinosas. Pero en ese mismo campo desabrido, al riego de su sudor les nacen hermosas flores. Cada pensamiento nuevo que aprueban, es objeto festivo en que se complacen. La fecundidad mental sigue opuesto orden a la física. La concepción es trabajosa, el parto dulce. Es felicidad de los escritores que cuanto discurren les parece bien, y juzgan que así ha de parecer a los demás, que vean sus discursos en el libro... Por eso, en cada rasgo que dan con la pluma, contemplan un hermoso hijo de su mente, que les hace dar por feliz y bien empleado el trabajo de la producción”<sup>36</sup>.

En armonía con estas reflexiones toman vuelo sus entusiasmos, excitando a los literatos a consagrarse al estudio y ejercicio de su vocación sin vacilaciones ni desmayos. Para el P. Feijóo, en efecto, la decisión y el arrojo contribuyen muy mucho a facilitar, en este camino de gloria, los honores del éxito. De aquí que no vacile en manifestar: “Es cierto que, de dos ingenios iguales, pero uno tímido, otro animoso, resplandecerá más el segundo”, de tal modo “que tal vez el que pudiera aspirar a la gloria de autor original, por sus medios, queda metido entre la innumerable turba de los vulgares escritores; al contrario, el animoso que no recela en dar las velas al viento aunque prevea los peligros del golfo, logra, dando a luz los pensamientos que le sugiere su genio elevado, ser conocido y estimado de los hombres de inteligencia por lo que es”<sup>37</sup>.

35 *Cartas*, t. V, p. 366.

36 *Teatro Crítico*, t. I, p. 218.

37 *Cartas*, t. IV, p. 177.



No satisfecho aún con tan llamativos estímulos, vemos al autor del *Teatro Crítico*, acudir en socorro de los que desmayan, rendidos de cansancio por lo fatigoso de la tarea, proponiéndoles magnífico recurso de alivio y reposo, dentro del ejercicio mismo de esos sus afanes y sin distracción de la mente a sutilezas inútiles. Véase cual se lo expone en el párrafo siguiente: “Si se puede –observa con aplomado juicio–, se varíen los estudios en diferentes materias; porque la variedad, aun más en éste que en las cosas materiales, deleita el espíritu, y todo lo que le deleita le conforta. Por cuya razón, a veces la lectura de un libro suele ser alivio de la fatiga que dió la lectura de otro. He dicho *si se puede*, porque el divertir el entendimiento a materias diferentes, no es para todos. Todos los espíritus son, ya más, ya menos, limitados. Y algunos hay de tan estrecha extensión, que aunque muy hábiles para alguna determinada facultad, si quieren estudiar dos, les sucede lo que al otro de quien se cuenta que olvidó la lengua vizcaína y no pudo aprender la castellana”<sup>38</sup>.

En lo que atañe, empero, a estos últimos, a los cuales no rinda ventajas el medio propuesto, trata de facilitarles otro más en consonancia con su corto entendimiento. Nótese, a tal propósito, que si en las líneas anteriores deja nuestro autor traslucir la tendencia –hoy casi en desuso– de orientar a personas de capacidad mental hacia una universalización de conocimientos enciclopédicos a modos de la reflejada en el *Teatro Crítico*, lo que, en cambio, reserva para los no favorecidos por la suerte con dotes de gran fuerza, es nada menos que la especialización en los estudios, clave maravillosa del gigantesco progreso científico de nuestros días, cual si con aquéllos no rezara también el *pluribus intentus, minor est ad singula sensus*, o el *quien mucho abarca poco aprieta* de nuestro refranero.

Pondremos aquí sus palabras, no obstante las afee –para el caso– la repetición del símil puesto por término al párrafo precedente. Dicen: “los genios muy limitados, si llegan a enterarse de su estrechez –lo que pocas veces sucede– no deben extender su estudio más que a una sola facultad; se entiende, a aquella a que fueron destinados desde la adolescencia que halaga más su inclinación; porque sobre el inconveniente de la confusión que ocasiona el amontonar en la mente variedad de especies heterogéneas, hay un riesgo de que queriendo agregar a la facultad, que fué el primer objeto de su aplicación, las noticias de otra diversa, sucede al que lo emprende lo que se refiere del vizcaíno que, trasladado de su tierra a Castilla, olvidó la lengua vizcaína y no aprendió la castellana”<sup>39</sup>.

---

38 *Teatro Crítico*, t. I, p. 224.

39 *Cartas*, t. V, p. 216.

También es aplicable a los mismos cortos ingenios este otro recurso con que el P. Feijóo aspira a alentar su constancia; trátase sencillamente de facilitarles, ante la sociedad, representación de envidiable papel de doctos, aun sin lastre de ciencia que lo justifique a los ojos del propio interesado. Véase aquí lo que ingeniado para suplir en ellos con decoro social, la infecundidad relativa de su talento: "...la opinión de tal (de sabio) sin mucho entendimiento se puede conseguir, porque hay en esta materia un *quid pro quo* cuya receta sé... Compónese dicha receta de los ingredientes que siguen. Lo primero, una feliz memoria, en que se pueden almacenar muchas noticias literarias. Lo segundo, una constante aplicación a recoger multitud de éstas. Lo tercero, una abundante verbosidad. Y finalmente, una buena dosis de audacia o satisfacción de sí mismo; de modo que, suceda lo que sucediere, no se corte ni se acobarde jamás, sea en actos públicos, ni en conversaciones privadas". Semejante *receta*, señores, que pudiera tomarse por fina sátira contra los llamados "sabios a la violeta", la robustece, luego, Feijóo, con la seriedad de su testimonio. "Yo he observado –concluye– la eficacia de esta receta en algunos sujetos que con el uso de ella pasaron entre la multitud por muy ingeniosos y doctos, sin tener más que una inteligencia superficialísima de lo mismo que con mucho afán habían mandado a la memoria"<sup>40</sup>.

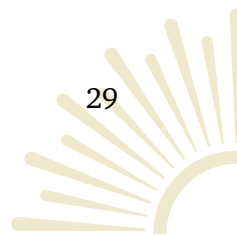
A esto se reducen, señores, los principales estímulos con que el gran polígrafo del siglo XVIII trata de incrementar entre el público el desarrollo de la vida literaria, cuyo punto de partida es el estudio de la Retórica y cuyo perfeccionamiento práctico, basado en el manejo de los modelos, así nacionales como extranjeros, hemos visto anteriormente. Tiempo será, por lo mismo, de adelantarnos ahora a exponer la cuestión de estilo, consolidado en forma a que dichos medios deben conducir, como a logro práctico de tan trabajosos afanes.

#### EL ESTILO LITERARIO<sup>41</sup>

El estilo, o sea la manera peculiar y característica en que expresa cada escritor sus conceptos, merece particular atención al genio del P. Feijóo. No es que personalmente se preocupe por amoldarse a estilo ajeno, aun suponiéndolo superior al de su pluma. "Teniendo yo de mi cosecha el estilo que he menester –exclama– para mi gasto, sería una gran necedad mendigar el estilo de nadie"; lo

40 Ibid., p. 220.

41 [Nota á edición]: *Boletín de la Real Academia Gallega* 277-280, 35-50.



cual no rehusa por serle de mayor estima estar a lo suyo, sino (a lo que parece), por evitar molestias. Y así concluye: “Protesto que más trabajo me cuesta trasladar el estilo ajeno que formar el propio, como experimento siempre que juzgo conveniente poner a la letra el pasaje de cualquier autor que cito”<sup>42</sup>.

A todo esto, el gran escritor se complace en rendir homenaje a la lengua española, hasta colocarla por encima de las demás: “En la forma, pues –advierde– que está hoy nuestra lengua puede pasar sin los socorros de otra alguna. Y uno de los motivos que he tenido para escribir en castellano esta Obra, en cuya prosecución apenas habrá género de literatura o erudición que no se toque, fué mostrar que para escribir en todas las materias, basta por sí solo nuestro idioma, sin los subsidios de lo ajeno, exceptuando, empero, algunas voces facultativas cuyo empréstito es indispensable de unas naciones a otras”<sup>43</sup>. Únase, luego, a esta excelencia del español la riqueza de estilo de sus grandes ingenios clásicos. De Feijóo son, en efecto, los siguientes altos encomios en que expone: “La elegancia y pureza de D. Carlos Coloma y D. Antonio de Solís en materia de historia no tiene, que envidiar a los mejores historiadores latinos. Las Empresas Políticas de Saavedra fundieron a todo Tácito en Castellano sin el socorro de otro idioma. Las Teologías, expositiva y moral, se hallan vertidas en infinitos sermones de bello estilo. ¿Qué autor latino escribió con más claridad y copia la Mística que Santa Teresa? ¿Ni la Escolástica en los puntos más sublimes de ella, que la Madre María de Agreda? En los asuntos poéticos ninguno hay que las musas no hayan cantado con alta melodía en la lengua castellana, Garcilaso, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, Mendoza, Solís y otros muchos fueron cisnes sin vestirse de plumas extranjeras”<sup>44</sup>.

---

42 *Justa Repulsa*, p. 27. La costumbre de Feijóo, de citar los textos de otras lenguas sin traducirlos, obliga a su biógrafo de 1773, a escribir (p. X) “Este ejemplo de citar no debe seguirse, por la mayor utilidad que resulta de dar traducidas en la lengua materna en que se escribe, las pruebas de nuestra opinión, poniendo al pie las palabras originales que se reputan precisas”.

43 *Teatro Crítico*, t. I, p. 382. Por lo que afecta a la lengua gallega es –nos dice– “en realidad indistinta de la portuguesa, por ser poquísimas las voces en que discrepan y la pronunciación de las letras en todo semejante; y así se entienden perfectamente los individuos de ambas naciones, sin alguna instrucción antecedente” (Ibid., loc. cit.).

44 Ibid., p. 379. Acerca de uno de estos escritores, o sea de D. Antonio Solís, escribe de nuevo, mencionando la *Historia de la Conquista de Méjico*, en el t. IV, p. 499: “Y ¿quién puede negar que este autor, por la hermosura del estilo, por la agudeza de las sentencias, por la exactitud de las descripciones, por la clara serie con que teje los sucesos, por la profundidad de preceptos políticos y militares, por la propiedad de los caracteres, es comparable a todo lo mejor que en sus floridos siglos produjeron Grecia y Roma?”.

¿Qué más? Todavía en sus tiempos, harto calamitosos para la *literatura*, halla nuestro polígrafo plumas excelsas que admirar, pues afirma: “no faltan españoles que hablan y escriben con suma naturalidad y propiedad el idioma nacional. Sirvan por todos y para todos de ejemplares D. Luís de Salazar y Castro, archivo grande, no menos de la lengua castellana antigua y moderna, que de la historia, la genealogía y la crítica más sabia; y el Mariscal de Campo, Vizconde del Puerto que con sus excelentes libros de *Reflexiones Militares*, dió tanto honor a la nación española ante las extranjeras”<sup>45</sup>.

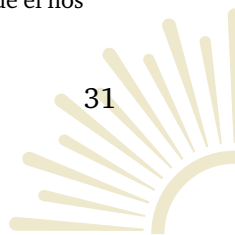
Nuestro escritor, empero, que así actúa de panegirista para el estilo de los mencionados clásicos, se convierte en acerbo Aristarco al dar con el de la gran mayoría de los literatos de la época y a los cuales fustiga diciendo: “En los españoles picados de cultura, dió en reinar, de algún tiempo a esta parte, una afectación pueril de tropos retóricos, por la mayor parte vulgares; una multiplicación de epítetos sinónimos, una colocación violenta de voces pomposas que hacen el estilo, no gloriosamente majestuoso, sino asquerosamente entumecido. A que añaden muchos una temeraria introducción de voces, ya latinas, ya francesas, que debieran ser descaminadas como contrabando del idioma o idioma de contrabando en estos reinos. Ciertamente en España son pocos los que distinguen el estilo sublime del afectado y muchos los que confunden uno con otro”. Dada, pues, esta manera de ser en la literatura española, no es extraño oírle exclamar: “Solo por dos medios se puede pretender la formación de estilo: el de la imitación y el de la práctica de las reglas de la retórica y el ejercicio. Aseguro pues, que por ninguno de estos medios se logrará un estilo bueno... Sin naturalidad no hay estilo”<sup>46</sup>.

Plaga era, sin duda, generalmente difundida la de ese estilo adulterino, tan opuesto al de nuestros clásicos. Con la atención puesta en ellos, nos advierte Feijóo, en el mismo lugar, que “consiste la propiedad del estilo en usar de las locuciones más naturales y más inmediatamente representativas de los objetos”; y desde tan excelente punto de vista establece un parangón entre estilistas hispanos y franceses, dando a aquéstos la preferencia porque –dice textualmente– “resplandece en sus obras aquella gala nativa, única hermosura con que el estilo hechiza a el entendimiento”; y así “son sus escritos como jardines donde las flores espontáneamente nacen, no como lienzos donde estudiosamente se pintan”<sup>47</sup>.

45 Ibid., pp. 374-375.

46 *Cartas*, t. II, p. 51.

47 Ibid., t. I, p. 368 ss. Es de suponer que nuestro crítico no leería, de autores franceses, sino los más acreditados y que, por ende, debían ser puestos en relación con los escritores que él nos





No es, pues, de extrañar aspire a obtener idénticos resultados en los literatos de nuestra Patria. A tal fin, insiste en otro lugar en señalarnos la afectación como el peor de los achaques de la literatura, a la sazón dominante, prefiriendo a él un estilo rudo e incorrecto, pero impregnado de realidad. “Menos me disuena –escribe– una locución bárbara de la afectada, como parece menos mal una villana vestida con sus ordinarios trapos que la que se llena toda de mal colocados dijes. Aquella se viste a lo humilde, ésta se adorna a lo ridículo. Cuanto no es natural en el estilo, es despreciable. Los mismos colores que siendo naturales en un rostro lisonjean la vista, cuando se percibe que son imitados con ingredientes añadidos, mueven a asco”.

Luego, a continuación, añade, insistiendo en el mismo tema: “Al lado del riesgo de la afectación en el estilo, anda otro riesgo que es el que parezca al lector afectación la que no lo es. Algunos juzgan tan crasamente en esta materia, que piensan que para nadie es natural lo que no es natural para ellos. Tal vez la envidia hace decir al hablador grosero que es estilo afectado el que no juzga tal: a manera de la mal condicionada dama que por tener mal colorido levanta a otras de mejores colores, que todo es a fuerza de afeites. Mas, al fin, los riesgos que tiene un escritor de parte de la ignorancia o envidia de los lectores son inevitables. Si se atendiese a esto, sólo los ignorantes y rudos tomarían la pluma en la mano. Conténtese el que merece algún aplauso con que lo merece y con que no faltan quienes hagan justicia a su mérito. Ni pretenda otro castigo al envidioso que el que él mismo padece, pues nadie puede darle pena más cruel que la que le da su propia pasión rabiosa, mordiéndole continuamente el corazón”.

Otra de las condiciones que desea el P. Feijóo en el estilo literario, es la sublimidad, señalándonos la manera en que debe producirse, en armonía con la calidad de la materia. De aquí el que nos diga, con gran acierto: “Engañase mucho quien coloca la sublimidad del estilo en un punto indivisible. Hay para la locución muy diferentes galas y la pluma se puede elevar por diversos rumbos. No tengo por tan difícil la sublimidad, ni en la oratoria ni en la poesía, como en la historia, porque en aquellos la frecuencia de tropos y figuras da por sí misma una representación magnífica al estilo; en ésta toda la elevación han de costear la viveza de las expresiones, la natural energía de las frases, la profundidad de los conceptos, la agudeza de las sentencias, sin gozar las libertades que gozan el orador y el poeta, ya de que el hipérbole desfigure la verdad, ya de que el rapto

---

presentó antes como de primera nota, y no con los nuestros de inferior calidad. Por lo demás, también –hablando de literatos franceses– advierte que “por afectar ser muy regulares, dejan sus composiciones muy lánguidas” y “cortan a las musas las alas o con el peso del juicio les abaten al suelo las plumas” (Ibid., pp. 384-385).

de la imaginación se malquiste con la integridad del juicio, ya de que la elevación de la pluma dificulte en parte alguna a los ignorantes la inteligencia”.

Por último, fija la idea del P. Feijóo en orientar debidamente, en punto a elevación o sublimidad de estilo, a los literatos, sale al paso de vulgar dificultad, muy en boga, ciertamente, entre censores adocenados, que aspiran a cortar todo grado de descenso en el discurso, a quien practica con frecuencia vuelos de altura. “El último riesgo –escribe– de la elevación del estilo, se considera en la dificultad de mantenerla. Pero me parece que, por lo común es injusta la censura que se hace por este lado. He visto reparar mucho en si el estilo es igual o no, celebrando mucho el que tiene esta calidad y vituperando al que carece de ella. Nótase mucho si cae o no cae. ¿Qué mucho que no caiga el que siempre anda arrastrando? ¿De dónde ha de caer el que nunca se levanta? Por el otro extremo, se debe reparar que no es lo mismo bajar que caer. El que toma vuelo no tiene obligación a seguir siempre la misma altura. Puede bajar a su arbitrio, pues lo hacen aún las águilas. ¿Qué importa que descienda algo, si siempre queda muy superior al que nunca se aparta del suelo? Los que ponen cuidado en no bajar, en eso mismo muestran que no suben muy arriba, porque esa escrupulosa vigilancia es ajena a un espíritu sublime. Este fía sus ideas al viento, dejando a cuenta de su imaginación el rumbo. No forcejea por mantenerse en aquel punto donde ha subido, porque ese mismo estudio es desaire del estilo. Mejor vista tiene una negligencia decorosa que una elevación violenta. Debe también hacerse cuenta de que a nadie pueden ocurrirle siempre iguales locuciones... Estragará, a mi entender, el estilo, quien siempre no diere en él mucho más a la naturaleza que al arte”<sup>48</sup>.

## EL ESTILO CIENTÍFICO

Después del estilo literario, el científico, que no pide flores de primavera por adorno, ni deslumbramientos de sol de estío por numen inspirador, sino seria, reposada, apacible claridad de otoño, embebiendo sus ideas, informando sus cláusulas. Y al decir, señores, que después del literario, el científico, decimos, en realidad: después del primero de ambos, el del P. Feijóo.

48 Con esta larga cita, tomada de sus *Reflexiones sobre la Historia* (t. IV, pp. 172 y ss.) nos dispensamos de aducir aquí varios juicios similares, diseminados en discursos diversos, en los que el P. Feijóo confirma e ilustra elocuentemente la misma doctrina, acerca de las condiciones fundamentales de todo buen estilo literario.

Destaca, en efecto, el P. Feijóo en severo ambiente de ciencia que no ha otorgado aún patente de intromisión en su lenguaje a las modalidades de la lengua de Cervantes. La ciencia española, editorialmente hablando se ha explicado hasta entonces en latín. Es precisamente el P. Feijóo el primer gran sabio que, rompiendo con los cánones de esta costumbre, como antes ha roto con las reglas retóricas, abre marcha a la comunicación científica con el pueblo y en el propio idioma del pueblo. Y por lo mismo que es el primero en usar el castellano para discurrir sobre asuntos de ciencia, lo es también en dar a su estilo cierta especial modalidad, que lo pliegue y ajuste y adapte debidamente al desarrollo de temas no habituales en el mismo. De aquí el que sea él quien, aun abominando como antes hemos dicho de la introducción de extranjerismos en el idioma hispano, se haya visto como forzado, para sensibilizar con propiedad sus ideas, a pedírselas muchas veces, como en empréstito, al idioma francés, si bien mejor hubiera procedido si se las pidiera al latín o al griego, lenguas madres que tan a gusto con la nuestra combinan y se hermanan. De todos modos, no cabe duda que, por caberle al P. Feijóo la gloria de ser el primero en entrar en castellano temas de ciencia, es también entre nosotros el introductor del estilo científico, grave, metódico, circunspecto, revestido de claridad y de austera belleza. Por eso os dije antes y repito ahora, que estilo científico y estilo del P. Feijóo son una cosa misma. Así lo pregona su antelación, cronológicamente hablando. Así lo pregonan igualmente sus obras.

¡Obras admirables, por cierto, señores! Ese su *Teatro Crítico* compuesto entre los años 1725 y 1740, en cuya última fecha cumplía los sesenta y cuatro de edad, y a cuyos ocho tomos agregó, entonces, a modo de *suplemento*, nuevo volumen, ampliando y rectificando juicios anteriores; aquellos sus cinco tomos de *Cartas Eruditas*, terminadas veinte años después, o sea en 1760, sus *Obras Apologéticas*, impresas en Madrid, en un solo volumen, en 1765, o sea al año siguiente de su muerte y, por último, varias composiciones poéticas, fruto de ocios literarios, ahí están irguiéndose como perenne monumento del buen pensar y buen decir, en medio de la literatura hinchada, huera, desenfadadamente extravagante de su siglo. Menéndez y Pelayo, al proponer se designe el siglo XVIII con el calificativo de “el siglo de Feijóo”, rinde justicia a su mérito.

Porque no, no lo dudemos; si grande es Feijóo, considerado aisladamente, inconmensurablemente más grande se destaca encuadrado en su época, ya que no en vano ha dicho D. Marcelo Macías, ser “preciso conocer a fondo el lastimoso estado de postración y decaimiento en que, a la sazón, se hallaba la cultura española, para apreciar en su justo valor la oportunidad y transcendencia de los

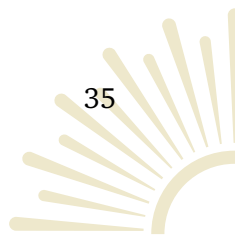
escritos del célebre benedictino<sup>49</sup>. Investido de la misión de luchar contra errores dominantes no sólo en España sino también en otras naciones, se sale del estilo estragado de su época, dándole al suyo forma “sana y robusta... discreta y cortés”, en sentir del jesuita P. Antonio Codorniú, que en 1760 le dedicaba su obra *Dolencias de la crítica*<sup>50</sup>, consagrada en parte a señalar defectos de estilo en semejante género de tareas, Feijóo estaba a la sazón convenientemente preparado, en tal sentido, para manejo de la pluma, que no le convirtió en autor público hasta los cincuenta años; merced a su práctica oratoria y a sus lecciones docentes en su cátedra en la universidad de Oviedo –que es de suponer le exigirían, para uso privado, habitual costumbre, cuando menos, de tomar notas por escrito– le hallamos al medio siglo de vida, cuando generalmente hablando, no está ya el gusto para aventurarse por pintorescos y nuevos rumbos literarios, tan afirmado en su manera personal de dirigirse al público, que pudo decirnos más adelante: “Diecisiete años ha que estoy ejercitando la pluma en todo género de estilos, porque de todos géneros lo pedía la variedad de los asuntos; el sublime, el mediano, el humilde, el exhortatorio, el narrativo, el increpatorio, tal vez el festivo, etc.; y veo bien claro que con todo este ejercicio en nada he mejorado el estilo, ni creo que nadie le hallará poco ni mucho más perfecto en mis últimas producciones, que en las primeras”<sup>51</sup>.

En cuanto al juicio que dicho estilo pueda merecer en el ambiente literario, los escritores de su época, lo mismo amigos que adversarios, le reconocen gran mérito, no obstante descubran en el mismo alguno que otro defecto. El doctor Marañón, después de seleccionarle en su famosa monografía feijoniana elegante ramillete de juicios más o menos laudatorios, antiguos y modernos, condensa el propio suyo, imparcial y sincero, en los términos siguientes: “A mí, como espectador literario, me parece maravilloso el lenguaje de Feijóo. No me importan sus galicismos, sus ligerezas, sus provincianismos. No solo no me importan, sino que me encantan sus innovaciones. Y añadido que la inmensa mayoría de los libros famosos de aquel siglo y de buena parte del siguiente, ya no los puede sufrir la sensibilidad actual, y en cambio los escritos del monje de San Vicente corren sin sobresalto, como en su cauce propio, por el gusto de hoy... Varios de sus críticos –insiste– señalan con desdén y como causa de sus incorrecciones, que escribía para el pueblo. Y en esto, justamente, está la razón de su jerarquía y de su permanencia. Las gentes cultas son como las flores, flores delicadas, de cada época de una civilización. Pero las flores pasan pronto

49 *Elogio* cit., p. 11.

50 Edit. en Gerona, por Antonio Oliva, Impresor y Librero.

51 *Cartas*, t. II; p. 62.



y subsiste la tierra, –el pueblo– inmutable, de donde nacen todas las especies y las generaciones de flores. Bien haya el que ama la tierra... A la eternidad no se llega con la senda de las minorías cultas, sino por la ancha vía pedregosa de la gran humanidad de cada momento histórico, que es igual a través de toda la historia humana”<sup>52</sup>. Así, en efecto, llega Feijóo, por su manera de escribir, hasta nosotros: llega, con igual influencia que en vida, porque –en frase de López Peláez– su “estilo, rápido é intencionado... poseía la virtud de llegar hasta el alma del pueblo, de conmovérla, de herirla, de cautivarla”<sup>53</sup>, sin por eso perder nada de su nervadura didáctica y científica.

Y es que, a la par que para el pueblo, se amolda también, según ya dijimos, fresco y palpitante, ese estilo a los cánones de la ciencia, cuyo carácter refleja a maravilla. “Lo típico del lenguaje de Feijóo –apunta de nuevo Marañón– es que es un lenguaje esencialmente científico, en el cual la única elegancia permitida es la claridad. Lenguaje de períodos breves, de expresiones exactas, de adjetivos estrictos y oportunos, de ausencia de metáforas, salvo las explicativas y de continuo sacrificio ante la nitidez de la expresión de todas las convenciones retóricas, entre ellas, la repetición –de palabras, de conceptos– sin la cual no se puede enseñar. Un lenguaje, en suma, que vista las ideas como la malla que dibuja con precisión las formas que cubre, y no como el miriñaque ampuloso que disimula y deforma lo que reviste. Por eso los grandes estilistas científicos no necesitan preparación literaria... y por eso nos explicamos que, educando en un mal ambiente literario y empezando a escribir a los cincuenta años, desde su primera página hasta la última trazada con la mano casi paralítica, aparezca, entero y sin aprendizaje, el estilo de insuperable nitidez. En este sentido didáctico –concluye– me atrevo a repetir que Feijóo es el creador, en castellano, del lenguaje científico...”<sup>54</sup>. ¡Ah, gloria, señores, la del monje de Casdemiro, que al escribir para el pueblo sobre temas científicos, logra abrirle tan magistralmente a la ciencia, en el idioma castellano, ancha senda para moverse en adelante!

Por lo demás, difícil resulta tratar de hacer convivir el estilo del P. Feijóo con temas de índole más o menos en oposición con el carácter científico. Véase, por ejemplo, introducir en su obra “algo de gracejo... que es razón que, por ser universal (dicha obra) tenga de todo”<sup>55</sup>, pero ni *Los chistes* que adornan el t. VII del

---

52 Op. cit., pp. 86-87.

53 Op. cit., p. 36.

54 Op. cit., pp. 87-89.

55 *Teatro Crítico*, t. VII, p. 391.

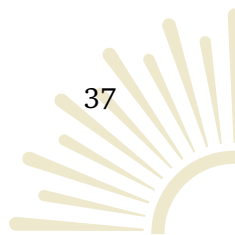
*Teatro Crítico* (pp. 391-419), ni las series de la *Menagiana*, que ocupan la 7ª y 8ª de sus *Cartas Eruditas* (t. II, pp. 64-98, 99-136), contienen –observa Montero Díaz– “sino agudezas de menor cuantía... entretenimientos de tono menor”, no obstante sea esta última, verdadera nueva *Menagiana*, entretegida con muchos rasgos de erudición, de mayor importancia que *Los chistes*”<sup>56</sup>. El P. Feijóo, está bien donde está, ¡dando aliento, en su *Teatro Crítico*, a nuestro lenguaje majestuoso y elegante de la ciencia! ¡No le cambiemos de sitio!

### EL ESTILO APOLOGÉTICO

Y es que, por desgracia, señores, no todo merece aplauso en el acervo literario del célebre beneditino. Como, humanamente hablando, no podía menos de suceder, la novedad de sus temas, si de una parte le produjo admiradores, prodújole también de la otra adversarios, sino personales, nada concordes con varios de sus puntos de vista. Imposible, realmente, que entre la policromía abundosa de tantos y tan contrapuestos asuntos, no hallaran los demás algo en sus obras, en que disentir los doctos de la época, siendo uno de ellos –quizá el primero– el mismo autor en persona, el cual, en su preliminar *Advertencia* al tomo *suplementario* de *Teatro Crítico*, hace de ello confesión humildísima; cosa, por cierto, muy edificante, ya que –nos advierte– “son muy pocos los autores que conocen los (yerros) propios, y muy raro el que, aunque los conozca, los confiese”; y aun recarga esta su declaración, agregando: “No de todos los que enmiendo, debo a mi mismo el desengaño. Algunos, en materia de noticias históricas, me dio a conocer la caritativa admonición de uno u otro docto amigo, por lo que me considero muy obligado en encomendarlos a Dios”.

A hombre que de este modo se expresa, parece no debía causarle desazón descubrir en torno contradictores, dado su gran amor a la verdad, sobre todo viéndole escribir en el *Prólogo* al t. II del *Teatro*: “No niego que justamente se me pudo censurar en muchas cosas. Conozco varios defectos míos, y es de creer que sean muchos más los que no conozco”. Más todavía; en las *Cartas Eruditas* (t. V, p. 426) insiste sobre este punto y vuelve a decir: “No negaré que pudo suceder hallar uno u otro en mis escritos alguna o algunas proposiciones no bien consideradas, cuya incertidumbre acaso claramente demostrase... Eso sería lo que menos cuidado me diese, porque lo que haría en ese caso, sería confesar llanamente mi inadvertencia o equivocación, como lo ejecuté, por lo

<sup>56</sup> Op. cit., p. 59.



menos, dos veces... Y eso que a los hombres de razón pareció mejor esta sinceridad mía, que les parecería que eludiese las dos objeciones con algunas trampuelas o sofisterías las más ingeniosas del mundo”.

¡Ah, señores!, a pesar de los pesares, diríase que no será Feijóo quien justifique el *aquila non capit muscas*, de los antiguos. Bien nos lo recuerda el biógrafo, tantas veces citado (p. XXIII), escribiendo; “No pudo ser tan templado en las *Obras Apologéticas* este célebre benedictino, en proporción a la humanidad y bondad de su genio... Hacíale demasiada impresión la contradicción agena...”. Así que, desencadenada la indignación al creerse blanco, por más de cuarenta impugnadores, de acusaciones injustas, destempló con vehemencia la calmosa serenidad de su estilo, contra ellos, y en especial contra el franciscano P. Soto Marne, previniendo a tiempo a los lectores en *Justa Repulsa*, al decir (§ 8º, p. 27): “V. md. no deberá extrañar que yo ahora me explique con voces más duras que las que hasta ahora he usado con otros impugnadores de mis escritos; pues si él inícuamente se ha tomado la libertad de inculcar tantas veces que mis libros están llenos de *errores, preocupaciones, ignorancias...* ¿por qué yo, viéndome tan atrozmente injuriado, he de escasear en una justa defensa las expresiones que, manifestando los desvaríos de su pluma, sirvan también de algún alivio a mi dolor?”<sup>57</sup>.

57 Aludiendo a la causa originaria de tan aguda polémica, en la cual fué el principal el P. Soto Marne, pero que secundaron asimismo los PP. Torreblanca, Pascual, Fornés y Tronchón, escribe el Sr. López Peláez, (op. cit., pp. 37-38): “Los mismos tropiezos y caídas del autor, que no deben de extrañarse en quien hubo de recorrer tan extendido y escabroso espacio, eran a la postre de no escasa utilidad, porque ofrecían ocasión a muchas discusiones y pie para que la cuestión se estudiase a fondo y la verdad se colocara en su punto. Así, por ejemplo, aquella su reprensible ligereza con que juzgó al Beato Raimundo Lulio, sin haberlo tenido nunca en las manos, ni saber de él más que lo que había leído en un libro extranjero, sirvió para que la Orden Franciscana, que en todo tiempo ha prestado tan eminentes servicios a la causa de la ciencia, encargara a cinco de sus ilustres hijos el escribir la apología del apenas conocido en España, asceta extraordinario, caballero andante del pensamiento y prodigio incomparable de erudición y de ciencia”.

A todo lo dicho, los franciscanos no fueron nunca enemigos de la labor depuradora de Feijóo. Hasta en el *Teatro Crítico*, entre las censuras encomiásticas de los tomos I y VI, respectivamente, pueden verse las del franciscano gallego Fr. Domingo de Losada, fechada en Madrid, 1726 y del archivero general franciscano P. Francisco Folch de Cardona (pp. XXXIII-XL). Citemos, para el caso, unas palabras del P. Losada. Dice en la p. XIV: “Y aunque la elegancia del Nacianzeno me dió de antemano hermosamente dibujado el más propio retrato del autor, en aquel celebrado elogio del gran Atanasio: *¿Quod enim genus disciplinae est, in quo versatus non sit, atque ita eximie versatus quod in eo solo elaborasset? Sic nimirum omnia coomplexus, ut ne ussus quidem quisquam singula: rursus ita ad summum, quasi nihil aliud praeterea didicisset?*”. Y en la pág. XVII añade: “en esta obra brinda a los estudiosos el cáliz de las literarias tareas (que tanto amargan) que sobre pintarle glorioso por el premio, le pone su copa de oro tan gustoso que a pechos se le puede echar el más nauseado”. Con este elogio coincide en nuestros mismos días el P. Andoín (Marianófilo)

Dado, pues, señores, este toque de atención, no es difícil de suponer lo crudo del lenguaje empleado en dichas circunstancias, y que obliga a Menéndez y Pelayo, aun siendo admirador suyo, a decir: “*La altanera* respuesta de Feijóo a Soto Marne es la más insolente que he leído en castellano, fuera de los opúsculos de Puigblanch”<sup>58</sup>. El P. Feijóo, por su parte, apreciando, de rechazo, lo violento de tales desahogos, apela a los de los contradictores, en plan de que “sirvan a disculpar –son sus palabras– tal cual en que yo acaso puedo incurrir, rebatiendo sus golpes. Quisiera yo –añade– que los que me los notaron, con la imaginación se colocasen en mi lugar y en el espejo mental de esa postura vieses hasta donde se extendía la virtud de su paciencia. Yo me hago cargo de la moderación que en todas ocasiones piden mi edad y mi estado. Pero también los que me acusaron de haber sido una u otra vez remiso en el cumplimiento de esta deuda, debieran hacerse cargo de que las voces del dolor, naturalmente son algo disonantes; y especialmente cuando recibe el alma la herida, es muy difícil poner en el debido tono la queja”<sup>59</sup>. En una palabra el P. Feijóo no se halló con energías para poner en práctica aquel su consejo que le recuerda Hernani Cidade, es a saber: “mientras el mar no se aquieta, es prudencia detenerse en la orilla”.

Dándonos cuenta nosotros, de que en lo desagradable conviene detenerse lo menos posible, dejaremos a un lado este aspecto literario de pasajera actuación feijoniana, para cuyo desarrollo –dice el autor de *Teatro Crítico* en el Prólogo a *Ilustración Apologética*– “sobra habilidad al más ignorante”, puesto que –añade– “sobre no pedir genio, método, invención, ni estilo, se toma todo el tiempo que se necesita para estudiar la materia”. No resulta grato, ciertamente, ver de mal temple a nuestro eminente escritor cuya actitud, cuando reparte mandobles, simula arrogancias de armado caudillo sin tacha y sin miedo.

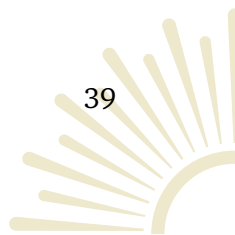
Más ecuánime se muestra, sin duda, al ocuparse del estilo que debe animar la Historia.

---

escribiendo modernísticamente en la revista *San Antonio*, de La Habana, 1934, pp. 373-375, que la literatura de Feijóo es “clarisolar, desembarazada y doctriz”, y agregando más adelante, (p. 499): “el Autor del *Teatro Crítico* fue substancialmente un espíritu serio, sabio, grávido, erudito. Un alma densa, pero sin ningún linaje de opacidad. Minucioso en el análisis y a ratos un poco cansino en la exposición, pero de una prodigiosa celeridad visual y de un admirable dominio de la razón, siempre prevalecedora y manejada con firme maestría”.

58 *Heterodoxos Españoles*, t. III, p. 67, nota. Refiriéndose a estas polémicas, escribe Marañón, op. cit., p. 83, hablando del P. Feijóo; “lo que él mismo consideraba intolerable en el lenguaje de los demás es hoy de uso corriente y vulgarísimo. Tal, muchas de las palabras que sarcásticamente criticaba en el lenguaje del P. Soto Marne... que ahora son del habla oficial y popular”.

59 *Cartas*, t. V, p. 428.





## EL ESTILO HISTÓRICO

Para apreciar convenientemente la importancia que concede nuestro gran polígrafo a este asunto, debiéramos trasladar aquí las áureas páginas que en el discurso *Reflexiones sobre la Historia* le dedica en el *Teatro Crítico*, t. IV, pp. 172-178. Es por fortuna, uno de los pocos asuntos literarios que ex profeso estudia con la detención y serenidad en él características; así que nos limitaremos a copiar alguno que otro párrafo en que más claramente se trasluzca su pensamiento acerca del estilo histórico, del cual ya anteriormente hemos podido advertir considera él como el más difícil de sostenerse a nivel en toda su sublimidad, por razón de que –repetiremos sus palabras– en el mismo “toda la elevación han de costear, la viveza de las expresiones, la natural energía de las frases, la profundidad de los conceptos, la agudeza de las sentencias, sin gozar las libertades que gozan el orador y el poeta”.

Pero, no adelantemos, señores, la descripción estilística del P. Feijóo, cuya penetración en este asunto produce admiración en la mente y mueve las manos al aplauso. Comienza, en primer término, expresando que parece el estilo histórico lo más hacedero del mundo, y “¡oh, qué arduo –manifiesta– es tomar aquel medio preciso que se necesita para la historia!” Y añade, puntualizando concretamente sobre dicho estilo: “No ha de ser vulgar ni poético. Aun si el escritor quiere contentarse solamente con huir de estos dos extremos, sin mucha dificultad lo logrará, especialmente si es de aquellos como hay muchos que están hechos a un mediano estilo, que ni se roza con la plebe ni con las musas, igualmente distante del graznido de los cuervos que del canto de los cisnes, más contentándose con esto, deja la narración sin gracia y la historia sin atractivo. Este medio, añade, no es reprehensible, pero es insípido. Algunos de los que se meten a historiadores aun no llegan aquí y son muy pocos los que pueden pasar de aquí. Esos pocos tienen muchos riesgos que evitar y es sumamente difícil coincidir tal vez en uno u otro. La afectación es el más ordinario y también el peor...”.

Expuesto este primer requisito para que el estilo histórico adquiriera justo medio que lo realce y ennoblezca a los ojos del público, cual lo es el no adocernarse y decaer en lenguaje ramplón y rústicamente amanerado, pasa a tratar de un nuevo peligro, antitético del anterior, o sea, el que en vez de abatirse, se eleva demasiadamente. Dice, en efecto: “El segundo riesgo del estilo sobresaliente,

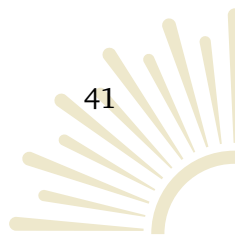
es que en vez de tomar la pluma hacia la cumbre del Olimpo, tuerza el vuelo hacia la del Parnaso: quiere decir que, en vez de arribar a la sublimidad propia de la historia se extravíe a lo poético. Cada clase de asuntos tiene sus locuciones correspondientes. Yo no asiento a la distribución que ordinariamente se hace de los diferentes estilos a diversos asuntos, por la parte que a la historia le determina el medio entre el sublime y el humilde. ¿Quién duda que es sublime el estilo de Livio, el de Salustio, el de Tácito? Pero, muy diversos todos tres, no solo del de Virgilio, del de Claudiano y los demás poetas heroicos, más aun diversos entre sí...”.

Como fruto, pues, de dichas reflexiones, hace ver, seguidamente, las ventajas prácticas de que la historia sea redactada en estilo ameno y agradable. Y es por esto por lo que continúa diciendo nuestro P. Feijóo: “Hágome cargo de que el primor de estilo no es de esencia de la historia, pero es un accidente que la adorna mucho y que la hace más útil. Léenla muchos hallándole este sainete, que no la leyeran sin él. Las especies también se imprimen mejor, porque abraza bien la memoria lo que se lee con deleite, como el estómago lo que se come con apetito. Infinitos saben los sucesos de la conquista de Méjico que los ignoraran a no haberlos escrito la hermosa y delicada pluma de D. Antonio de Solís<sup>60</sup>. En fin, Luciano, que dió excelentes reglas para escribir la historia, en el tratadillo que escribió a este intento, prescribe para ello el estilo claro, pero elevado, de modo que llegue a rozarse con la grandilocuencia poética”.

No menos atinado que en las antedichas observaciones se muestra el célebre benedictino, al hablarnos del plan que debe proponerse el historiador en su trabajo, señalándole minuciosamente lo digno de tenerse en cuenta para conseguir obra de mérito. Léase, si no, lo siguiente: “Si quiere decirlo todo, se fatigará con superfluidades los ojos y la memoria de los lectores. Si elige, se expone a condenar con lo superfluo, algo de lo importante. La proligidad y la nimia concisión, son dos extremos que deben huir; a cualquiera de los dos que se arrime, o incurrirá en la nota de cansado, o dejará la narración confusa, y es para pocos acertar con el medio justo. Las digresiones son adorno para la historia, descanso para el lector. Pero, si son frecuentes, o muy largas o impertinentes, o mal introducidas, se convierte en fealdad lo que debiera ser hermosura.

---

60 Este elogio del estilo histórico no es único en el autor del *Teatro Crítico*. Otro parecido hace también en *Cartas Eruditas* (t. III; p. 495) de *España Sagrada* del P. Flórez, en la cual “sobre una erudición de rara amplitud y profundidad, hallé –nos dice– un estilo noble, elegante, puro, igualmente grave, conceptuoso y elevado, que natural, dulce y apacible”, “nueve epítetos – observa Montero Díaz, op. cit., p. 60– sobre el estilo floreciano que son nueve aciertos distintos y una sola definición verdadera”.



Gran pulso es menester, para no exceder en ellas ni faltar. El método, en ningún escrito es tan fácil como en el histórico. Si se atiende a no perder la serie de los años, se destroncan los sucesos. Si se procura la integridad de los sucesos, se pierde la serie de los años. Es arduísimo tejer uno con otro el hilo de la historia y el de la cronología, de modo que alguno de ellos no se corte o se oscurezca.

“A veces los sucesos se embarazan también unos a otros, porque ocurre que al llegar al medio de una narración que hasta allí corría sin embarazo es menester prevenir todo el resto con otros acontecimientos posteriores al principio de ella y anteriores al fin... De aquí –concluye– depende acertar con el lugar donde se ha de colocar cada cosa y con el modo de colocarla. Si falta el genio, no puede hacerse otra cosa que lo que veo hacer a algunos de este tiempo: componer unas historias gacetales donde se han hecho algunos sucesos...”.

No creo, señores, se pueda decir cosa mejor en este asunto.

#### EL ESTILO ORATORIO<sup>61</sup>

Ocupémonos ahora del estilo oratorio. Conócelo a ciencia cierta nuestro monje en la forma antigua y en la moderna de entonces y aun bajo todos sus aspectos. Nadie, pues, como él para enjuiciarlo con frialdad y aplomo. Y, en efecto poco dejan de desear sus aciertos críticos, cuando le vemos contrapesar y decidir la supremacía en elocuencia, de Quintiliano como Cicerón, de igual modo que, en poesía la de Lucano sobre Virgilio<sup>62</sup>.

Pues bien, con idéntico reposado dominio sobre la materia se eleva también a exaltar con toda justicia, sobre las demás, la elocuencia tribunicia o sagrada de los españoles de tiempos clásicos, cuyas obras había gustado a placer. Sus juicios son en este punto harto halagüeños. Apréciense por el siguiente, muy a tono expuesto en pocas frases: “Aquel tenor corriente y uniforme de las oraciones antiguas, tanto sagradas como profanas, caminando sin interrupción desde el principio al fin al blanco propuesto, no sólo les conservaba, más sucesivamente les iba aumentando el impulso. También había en ellas –continúa– distribución metódica, había propuestas, había argumentos, había distinción de partes. ¿Cómo podía faltar lo que es esencial? Pero todo –concluye– iba

---

61 [Nota á edición]: Discurso de ingreso como académico de número de Samuel Eiján Lorenzo: 1 mecanoscrito. Real Academia Galega. Archivo.

62 *Teatro Crítico*, t. IV, pp. 479-480, 483-495.

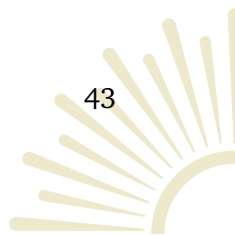
tegido con tan maravilloso artificio, que ocultándose la división, sólo resplandecía la unidad”. ¡Hermoso cuadro sin duda! ¿Podemos suponer, señores, no se esforzase el P. Feijóo por hacerlo revivir por sí mismo al ocupar la sagrada cátedra, dadas sus convicciones hondas sobre el particular?

Pues no; aun deseándolo ardientemente debedor tan enérgico e incorruptible contra toda suerte de errores y preocupaciones, aun, repito, deseándolo ardientemente, tal debían serle adversas las circunstancias, que no tuvo ánimos para romper lanzas a favor del clasicismo oratorio. Así nos lo declara con toda franqueza, diciendo: “hágome cargo de la dificultad que hay, respecto de cualquier particular, en oponerse al estilo común; empresa tan ardua, que yo, con conocer su importancia, no me he atrevido con ella, y así, todo el tiempo que ejercí el púlpito, me acomodé a la práctica corriente...”.

¿Y cuál será, en términos concretos, esa práctica corriente a que el P. Feijóo hubo a regañadientes de amoldarse? Descríbenosla allí mismo su pluma, en estas líneas: “no sé porque hado fatal, cómo o cuándo se introdujo en España, un modo de predicar en que, así como tiene mucho lugar la sutileza, apenas se deja alguno a la Retórica. Veo, a la verdad, en muchos sermones varios rasgos que me representan en sus autores un numen brillante, vivo, eficaz, proporcionado a los mayores primores de la elocuencia, si el método que se ha introducido no los precisara a tener el numen ocioso. Nuestras oraciones se llaman así, pero no lo son; porque no se observa en ellas la forma oratoria, sino la académica, donde la afectada distinción de propuestas y de pruebas deja el complejo lánguido y sin fuerza alguna, donde las divisiones que se hacen quiebran el ímpetu de la persuasión, de modo que da poco golpe en el espíritu. Este modo que hoy reina de dar la oración desmenuzada en sus miembros es presentar al auditorio un cadáver, en quien el orador hace la disección anatómica. La análisis de una oración solo toca al crítico o al censor que reflejamente quiera examinarla después. Anticiparla el orador, es deshacer su misma obra al mismo tiempo que la fabrica”<sup>63</sup>.

Más triste impresión que el cuadro antecedente produce aún el que en otro lugar nos ofrece acerca de los panegíricos. “Cualquiera predicador –exclama– de ordinario genio y erudición nada extraordinaria, figura el Santo a quien predica en uno de los héroes de la Escritura, sirviéndose de versiones, glosas y comentarios... para multiplicar las alusiones. En la misma especie, que tratamos de figurar asuntos sagrados en las fábulas de los gentiles, se ve practicar cada día. Desdichado el predicador que, queriendo, no encuentra en las fiestas

63 Ibid., p. 480 ss.



gentílicas alguna en cuyas circunstancias quepan diez o doce aplicaciones a la solemnidad que tiene por asunto...; sin que por eso se pueda creer... que Dios, al mismo tiempo que permitía y era ofendido de aquellas supersticiones, con particular y oculta providencia las ordenaba de modo que fuesen figura de las solemnidades cristianas”<sup>64</sup>.

He aquí, pues, la forma a que, contra gusto, hubo de amoldarse el gran sabio, cual lo haría cualquier predicador tímido, exponiéndose con ello a que el P. Soto Marne tome su ingenua declaración por los cabellos y le diga: “¿será posible que un hombre perfectamente instruido en todos los primores de la Oratoria, deje de practicar la Oratoria con la perfecta observancia de todos estos primores? ¿Será creíble que un Orador tan perfectamente instruido anteponga la preocupación de los Vulgares a la perfecta práctica de su Arte, cuando tiene aliento para oponerse a la preocupación de estos mismos Vulgares, emprendiendo a rostro firme el destierro de sus Errores Comunes?”<sup>65</sup>.

A todo esto, el P. Feijóo, luego de confesar su falta de valor para oponerse a la corriente oratoria de los contemporáneos –con lo cual hubiera añadido una gloria más a las muchas que le distinguen– se resigna con la suerte, en espera de que “otros espíritus más generosos y más hábiles, se apliquen a restituir en España la idea y el gusto de la verdadera elocuencia”. Y añade con firme pulso, estas otras frases con las que acaba de completar ambos aspectos oratorios: “Hágome cargo de que orar, según el estilo antiguo, de modo que la oración tenga todos los primores de eficaz, elegante, metódica, erudita, es para pocos, y que los más no podrán pasar de un razonamiento insulso y desmayado; pero aquellos pocos harán un gran fruto; y a los demás, por mi, déjeseles libertad para seguir el ripio de sus puntos y contrapuntos, sus piques y repiques, sus preguntas y respuestas, sus reparos y soluciones, sus mases, sus porqués, sus vueltas y revueltas sobre los textos, y lo que es más intolerable que todo lo demás las alabanzas de sus propios discursos”<sup>66</sup>.

Amargado, sin duda, el ánimo por semejantes profanaciones sacro-literarias, debió nuestro monje inclinarse con simpatía hacia la predicación misionarial, por considerarla más grave, más evangélica, más rectamente dirigida a la santificación de las almas. “Si cuando el rey –nos dice– me concedió la jubilación de la cátedra, me hallase dotado de las facultades que pide ese ministerio

64 *Ibid.*, t. V, p. 212.

65 *Reflexiones crítico-apologéticas sobre las obras del R. P. Maestro Fr. Benito Gerónimo Feijóo...*, t. I, Salamanca, por Eugenio García de Honorato, pp. 147-148.

66 Reconoce, sin embargo, excepciones muy honrosas en la Oratoria sagrada, como el P. Vieira, *ibid.*, pp. 481-482.

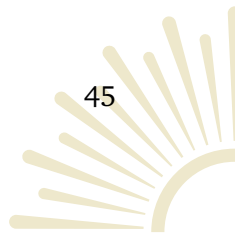
(de Misiones) algo me hubiese dedicado a él, alternándole con el de escritor público en que ya estaba metido, lo que verosíblemente sería algo conveniente para mi salud, interpolando con algún ejercicio corpóreo la vida sedentaria, inevitable en el de escritor. Pero, me faltaban dos cualidades indispensables para las tareas de la Misión: robustez de pecho y virtud<sup>67</sup>.

Con todo, ni aun así, señores, queda este su loable impulso de misional vocación en deseos, porque, ante la imposibilidad de realizarlo por sí mismo, se adelanta a proponer a los misioneros la manera más útil de desempeñar tan fructífero ministerio. He aquí unas líneas –las más bellas y dulcemente sugestivas que en Feijóo hemos encontrado–, animándoles a presentar a Dios ante los auditorios como “Padre de misericordia y Dios de toda consolación”. Leámoslas como muestra de su precioso estilo, en tratando asuntos exclusivamente sagrados:

“¡Oh qué campo tan espacioso, tan bello tiene aquel Orador para hacerle fructificar con su celo y elocuencia! Y aun estoy por decir que es superflua la elocuencia porque la Sagrada Escritura, especialmente en el Nuevo Testamento, para imprimir en las mentes una idea viva de la infinita misericordia de Dios, le presenta unas sentencias tan enérgicas, unos símiles tan propios, mejor diré, unas imágenes tan animadas, que en comparación de ellas no son más que informes rasgos cuantos tiró para otros asuntos la admirada facundia de los Cicerones y Demóstenes. Ahí halla aquel Pastor tan solícito en la conservación de su amado rebaño, que a una oveja disgregada y perdida busca por montes y valles, trepando asperezas, pisando espinas, hasta que hallada, la coloca sobre sus hombros para salvarla de las garras de las fieras. Ahí aquel benignísimo Padre de Familias que, gravemente insultado y ofendido por un hijo suyo, después que fugitivo en una vida torpe, expendió toda la hacienda que le tocaba, cuando impelido por la necesidad vuelve a sus puertas, le abraza y recoge con las demostraciones más amorosas. ¿Quién es aquel Pastor y ese Padre de Familias, sino el Redentor del mundo y Soberano Señor de Cielo y Tierra? ¿Quién aquella oveja descarriada y ese hijo díscolo sino el hombre fugitivo de Jerusalén a Babilonia y desertor de la noble milicia de los justos, para el infame escuadrón de los viciosos? Sin embargo, Dios, ofendido y abandonado, le recibe cariñoso luego que recurre a su piedad; sin más coste de parte del pecador que pronunciar con corazón humilde y sincero aquellas pocas palabras: *Padre mío, pequé contra el cielo y en tu presencia, ya soy indigno de ser llamado hijo tuyo*”.

---

67 *Cartas*, t. V, p. 195.



“Todo esto nos consta de boca del mismo Salvador del mundo, transmitido de su divina predicación a nosotros por la pluma de un Evangelista suyo (Luc. cap. 15). ¡Oh infinita misericordia de Dios! ¡Y cómo se conoce ser infinita, pues parece que toda esa infinidad es menester para recibir con caricias a quien se desvió con injurias! ¿Admiten de este modo a su gracia los príncipes de la tierra a algún vasallo a quien experimentaron, no sólo ingrato, sino rebelde? No, porque es limitada su piedad, como es limitado su ser. La piedad de Dios no tiene límite alguno, porque su ser no le tiene”<sup>68</sup>.

Así, así concibe, señores, nuestro P. Feijóo la acción misional. ¡Ah, qué gran apóstol del púlpito resultara el escritor eminente, transformándose en restaurador del clasicismo literario evangélico de la cátedra sagrada de la época si hubiera seguido los impulsos de su gran corazón, en vez de plegarse como cualquier orador de ínfimo orden, a pactar con gustos estragados que él mismo públicamente anatematiza y condena!

## EL ESTILO POÉTICO

Este celo del autor del *Teatro Crítico* por la dignificación de la sagrada Oratoria, extiéndese por igual modo al gusto poético en lo relativo a la intervención de sus creaciones en cultos extralitúrgicos. Sin entrar yo de lleno en tema tan elevado cual el de la poesía feijoniana, me limitaré a rozarlo algo de lejos en gracia al aspecto de conjunto de mi trabajo, siquiera sea para advertir que también en este aspecto tan atrayente de la literatura, mucho más que por las creaciones métricas de propia mano<sup>69</sup> merece nuestro aplauso en atención al conocimiento y estima que hace de los poetas y al concepto que de su altísima misión nos expone. Y eso que... no parece muy honorífico que digamos, el retrato que de ellos nos hace, al decir: “quien quiere que los poetas sean muy

68 Ibid., pp. 208-209.

69 Las poesías de Feijóo no han sido incluidas en sus obras. Entre las dieciocho que nos da como de su cosecha el biógrafo tantas veces citado (pp. XXI-XXII), solamente publicó el autor *Desengaños y conversión de un pecador*, con el nombre de D. Gerónimo Montenegro. Marañón (op. cit., p. 88, nota) menciona los manuscritos poéticos de Feijóo, existentes en diversos lugares, llegando el del Museo de Pontevedra al número de 109, publicadas muchas de ellas por J. E. Areal en *Poesías inéditas del P. Feijóo*, Tuy, 1901, y por *Ilustración Gallega y Asturiana*, t. III. Está en lo cierto Marañón, al decir, “sobre la mediocridad de su forma y la escasa tensión poética de sus temas, están todos de acuerdo” (loc. cit.). A pesar de sus censuras contra los poetas de su tiempo, no logró destacarse de su categoría. Por sabido se calla, que las compuso por mero entretenimiento y sin idea de darlas a la imprenta.

cuerdos, quiere que no haya poetas”. Para él, en efecto, “*el furor es el alma de la poesía, el rapto de la mente es el vuelo de la pluma: Impetus ille sacer qui vatum pectora nutrit, dijo Ovidio*”. De aquí, de la carencia de esta *alma*, observa seguidamente que “en los poetas franceses se ve que, por afectar ser muy regulares en sus pensamientos dejan sus composiciones muy lánguidas, cortan a las musas las alas, o con el peso del juicio les abaten al suelo las plumas”<sup>70</sup>.

No basta en manera alguna, el quererlo, según el P. Feijóo, para ser buenos poetas, a menos que dominando el numen, no convivan en él el entusiasmo y la inspiración, únicas fuentes de poesía que reconoce por auténticas, puntuando con respecto al primero, o sea al entusiasmo, que “no es otra cosa que una imaginación inflamada con aquella especie de fuego a quien los mismos poetas dieron el nombre de *furor divino*”<sup>71</sup>. Finalmente como medios complementarios, señala “la sentencia aguda, el chiste, el donaire, el concepto” por él calificados de “adornos precisos de la poesía”, si bien advirtiendo, se han de ver en ella, no como que son buscados con estudio, si como que al poeta se le vienen a la mano”. Y por fin –concluiremos con él mismo– “lo grande de la poesía es aquella actividad persuasiva que se mete dentro del alma y mueve el corazón hacia la parte que quiere el poeta”<sup>72</sup>.

Este conjunto de cualidades es, sin duda, lo que busca el P. Feijóo como animando la labor de los vates de su Patria. Háblanos, señores, en otra ocasión de ellos; y si bien comienza por decirnos encomiásticamente que “el genio poético que resplandeció en los españoles antiguos, se conserva en los modernos”, pues “magestad, fuerza, elevación, son caracteres con los que sella la nobleza del clima”, y que “el siglo pasado vio Manzanares más cisnes en sus orillas que el Meandro en sus ondas”, restringe luego el elogio respecto a los contemporáneos, alegando que “hoy no se descubren (no que no los hay) iguales ingenios”, a pesar de lo cual “entre las desapacibles voces de muchos grajos, se ha oído, aun en esta Era, la melodía de uno u otro canoro cisne”<sup>73</sup>.

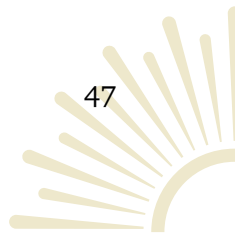
Y es que –son sus frases– en España “está la poesía en un estado lastimoso; el que menos mal lo hace (exceptuando uno u otro raro) parece que estudia de cómo lo ha de hacer mal”; “todo el cuidado se pone en hinchar el verso con hipérbolos irracionales y voces pomposas, con que sale una poesía hidrópica confirmada que da asco y lástima verla”.

70 *Teatro Crítico*, t. I, pp. 384-385.

71 *Cartas*, t. V, p. 387.

72 *Teatro Crítico*, t. I, p. 367.

73 *Ibid.*, t. IV, pp. 495-496.





En su ansia de poner remedio a tamaños desaguisados, nos alecciona el P. Feijóo de que “la propiedad y naturalidad, cualidades esenciales sin las cuales ni la poesía ni la prosa, jamás pueden ser buenas, parece que andan fugitivas de nuestras composiciones”. Y prosigue: “No se acierta con aquel resplandor nativo que hace brillar el concepto; antes los mejores pensamientos se desfigurán con locuciones afectadas, al modo que cayendo el aliño de una mujer hermosa en manos indiscretas, con ridículos afeites se le estraga la belleza de las facciones”.

Antes ya de exponernos estos puntos de vista, trae a la memoria una frase de Mabillón, el cual asegura que “un poeta excelente es una alhaja melquita”, y agrega: “yo me conformo con su dictamen, porque, si se mira bien, ¿dónde se encuentra, entre tantas coplas como salen a luz, una sola que (dejando otras muchas calidades) sea juntamente natural y sublime, dulce y eficaz, ingeniosa, clara, brillante sin afectación, sonora sin turgencia, harmoniosa sin impropiedad, corriente sin tropiezo, delicada sin melindre, valiente sin dureza, hermosa sin afeite, noble sin presunción, conceptuosa sin obscuridad? Casi osaré decir, que quien quisiera hallar un poeta que haga versos de este modo, le busque en la región donde habita el fénix”.

Por cuyas razones –tocando ya de cerca el asunto de las *Cantilenas Sagradas*– llega hasta el extremo de decirnos: “fuera mejor cantar coplas de ciegos, porque al fin éstas tienen sus afectos devotos, y su misma rústica sencillez está en cierto modo haciendo señas a la buena intención”. Muy al contrario, las que “hoy suenan en las iglesias” buscan toda su gracia en equívocos bajos, metáforas triviales, retruécanos pueriles”. Y es tan general la costumbre, que “en esta parte han pecado aun los buenos poetas”. Aducido luego el ejemplo de D. Antonio de Solís al cual alaba grandemente, achaca la falta, no a carencia de ingenio o arte de los autores, sino a la poca importancia con que miran semejantes composiciones literarias, cuando son precisamente de las de mayor gravedad. “Aquí –insiste– es donde se debían esforzar más los que tienen numen. ¿Qué empleo más digno de un genio ventajoso que pintar la hermosura de la virtud, de suerte que enamore; representar la fealdad del vicio, de modo que horrorice; elogiar a Dios y sus Santos de forma que el elogio encienda a la imitación y al culto? Lo grande de la poesía –concluye– es aquella actividad persuasiva que se mete dentro de la alma y mueve el corazón hacia la parte que quiere el poeta”. Y concluye, finalmente, lección tan preciosa diciendo: “La sentencia aguda, el chiste, el donaire, el concepto, son adornos precisos de la poesía; pero se han de ver en ella, no como que son buscados con estudio, sí como que al poeta se le vienen a la mano. Él ha de seguir su camino según el rumbo

propuesto, echando mano sólo de aquellas flores que encuentra al paso o que nacen en el mismo camino”<sup>74</sup>.

## RESUMEN Y CONCLUSIÓN

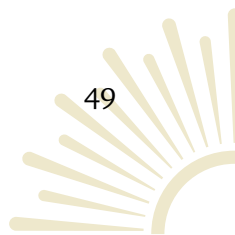
A vuelta de tan prácticas lecciones sobre la poesía, tiempo es ya, señores, que cese de exponerme al peligro de agotar, con mi charla, vuestra paciencia, en escucharme. Sin ser todo lo dicho cuanto decirse pudiera en orden a las ideas literarias del P. Feijóo, hartamente claramente pregonan los textos aprisionados a lo largo de esta conferencia que no falta razón a López Peláez para decirnos –reflejando al parecer de Menéndez y Pelayo– que “nadie en su tiempo conocía mejor los principios de la ciencia del arte, ni discurrió con más acierto sobre el gusto literario, ni en materias estéticas manifestó espíritu más amplio, más severo y más original”<sup>75</sup>. Y eso que –particularmente en temas literarios– contadas fueron las ocasiones que se le ofrecieron para forzarle a hacer gala de lo amplio, denso, elevado y hondo de su cultura sobre este punto, a pesar de lo cual, “en lo poco que hizo –observa Montero Díaz– dejó bien patente con su certero instinto crítico, la injusticia de quienes posteriormente aseguran, que le faltó verdadero conocimiento de nuestra literatura clásica y gusto para aquilatarla y entenderla”<sup>76</sup>.

¿Cuánto, en realidad, no denuncian, a favor de su alta competencia en materia literaria, esas chispas de luz desprendidas de la opulencia abundosa de su talento, para realzar, en siglo de tan depravado gusto estético, con oros de lumbres renovadoras, el prestigio de la literatura clásica de centurias pretéritas y abrirle nuevamente a esa literatura camino de gloria hacia el porvenir, después de desarmar la estragada literatura en auge y reducirla a vencimiento

74 Ibid., t. I, pp. 365-368. Entre notas sueltas relativas al tema poético, señalaremos aquí la siguiente, aducida por el Sr. Macías en el *Apéndice* (p. 62) de su *Elogio* del P. Feijóo, cit. Es respuesta del autor del *Teatro Crítico*, agradeciendo a D<sup>a</sup> Ana María Moscoso de Prado (26-II-1749) un romance laudatorio que había escrito en su honor. Elogiándolo y haciendo parangón entre literatos de los dos sexos, dice: “aunque por parte de la agudeza o ingeniosidad estoy siempre firme en el concepto de que no hay desigualdad alguna entre los dos sexos, no es así por lo común en cuanto a la energía, fuerza o valentía del numen, en lo que he observado hasta ahora; que aun en las obras mentales se resiente el bello sexo de la debilidad de su temperamento; y hasta ahora no he visto otra excepción de esta regla que la que se me presenta en V.”.

75 *Las Poesías de Feijóo*, Lugo, 1899, p. 15.

76 Op. cit., p. 53.



con valentías de serio examen técnico fundido en la serena y augusta magia de su elocuencia?

Desde luego, la especialidad del P. Feijóo, no hay que buscarla, señores, dentro de los dominios de la pluma, en la forma más o menos perfecta con que haya revestido sus ideas, sino en el campo de los vastos conocimientos científico-enciclopédicos encerrados en sus volúmenes y cuya exposición escuchasteis, fragmentariamente; sin embargo, ¿puede un genio tocar asunto alguno, aun secundario para su vocación directa, sin dejar en él marcada perdurablemente la impronta de su paso?

Pues esto es, señores, lo que al monje insigne le ocurre en literatura. Se acerca a ella y en sus umbrales penetra por el pórtico secular de la Retórica, rebelándose enérgico contra las reglas del arte de bien decir cuya aplicación caprichosa y ridícula constituía un atentado en contra de los principios supremos de ese arte mismo, para abrirse así camino amplio, independiente, de nuevo estilo, que, ensanchando con los años, ha de concluir por reemplazar la moda literaria de entonces por la brillante y despejada del romanticismo en puertas. ¿No es éste un mérito literario de gran originalidad, que le singulariza con gloria entre sus contemporáneos?

Se declara, más tarde, en oposición a lecturas frívolas, adaptadas como modelos de formación literaria, aconsejando en último extremo la compulsión de autores de sana raigambre clásica; y los huecos que la propaganda de su labor abre en el degenerado estilo –objeto de sus ataques– concluyen por ir ocupándose por la difusión de libros por él elogiados como dignos de imitación y de aplauso. ¿No es éste otro mérito, desde el momento en que hacen se vuelvan los ojos hacia dicha desprestigiada literatura, del llamado Siglo de Oro de nuestras letras, cuyo esplendor renace algún tanto por obra de su influencia y prestigio?

Por último, en tomando la pluma en las manos para dar comienzo al *Teatro Crítico*, se halla con la circunstancia de que, en la general costumbre, las obras de ciencia se escriben en lengua latina, apartando así de la lectura y conocimiento de las mismas, al gran público nacional, privado de este modo directamente de tales enseñanzas; y el P. Feijóo, deseoso de que el beneficio de sus escritos alcance al mayor número de lectores, pasa por sobre esa práctica y abre a la lengua castellana los diques de los conocimientos científicos para que por medio de ella alcancen a todos, como órgano de difusión más popular y corriente, adaptando en lo posible nuestro idioma al carácter de las materias que en él comienzan a tratarse. ¿Qué mayor gloria, por ende, para

el célebre benedictino que convertirse, por tal procedimiento, en creador del estilo científico, al que tiene que aportar acopio de terminología ajena con que enriquecerlo copiosamente para tal objeto?

Estas, estas son, señores, las notas sobresalientes de la labor literaria del P. Feijóo, clara, sencilla, metódica, elocuente a veces, relampagueante en entusiasmos algunas más, sublime en ocasiones con sublimidad que se adentra muy por lo íntimo en las almas. Ante la magnitud de tales méritos literarios, cuya originalidad notoria, resulta fruto casi exclusivo de los arrestos gigantescos de su talento, ¿qué son, ni que significan alguno que otro accidental defecto de lenguaje, con que los críticos de entonces y de ahora, han tratado de anublar su literaria personalidad científica? ¿Ni qué significa cierta marcada contradicción entre sus conocimientos teóricos de Oratoria y Poesía y la práctica de una y otra labor, que nunca, tal vez, pensó poner al alcance del público?... Responda, señores, por nosotros el mismo genial polígrafo con frases que recuerda oportunamente el Sr. Macías<sup>77</sup> y de las que nos servimos para poner digno término a esta conferencia: “Los genios elevados, dice, están más dispuestos a algunos defectos, que los medianos. Aquellos, conducidos, o de la viveza de la imaginación, o de la valentía del espíritu, suelen no reparar en algunos requisitos que escrupulosamente observan los ingenios de más baja clase... éstos no caen, porque no se remontan”.

He dicho.

---

77 Op. cit., pp. 28-29.



## Índice

DISCURSO DO ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON SAMUEL EIJÁN LORENZO	9
Formación inicial: preceptiva literaria	13
Perfeccionamiento literario: influencia de los clásicos nacionales	18
Perfeccionamiento literario: influencia de los clásicos extranjeros	22
Actuación literaria: estímulos confortadores	26
El estilo literario	29
El estilo científico	33
El estilo apologético	37
El estilo histórico	40
El estilo oratorio	42
El estilo poético	46
Resumen y conclusión	49







**Real Academia Galega**

Rúa Tabernas, 11

15001 A Coruña

Tlf. 981 207 308

Fax 981 216 467

[secretaria@academia.gal](mailto:secretaria@academia.gal)

[www.academia.gal](http://www.academia.gal)



**REAL ACADEMIA GALEGA**

